

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · VIAJES · DEPORTES · LITERATURA · CURIOSIDADES · VULGARIDADES · CIENTÍFICAS



NÚMERO SUELTO
10 CENTIMOS

AÑO V - 15 Septiembre 1924 - NÚMERO 87

DIRECTOR PROPIETARIO

VIGENTE VALERO DE BERNABÉ

Ayuntamiento de Madrid

SI NO CONOCE USTED ESTA ARMA, PIDA REFERENCIAS

LA PISTOLA NACIONAL “ASTRA”

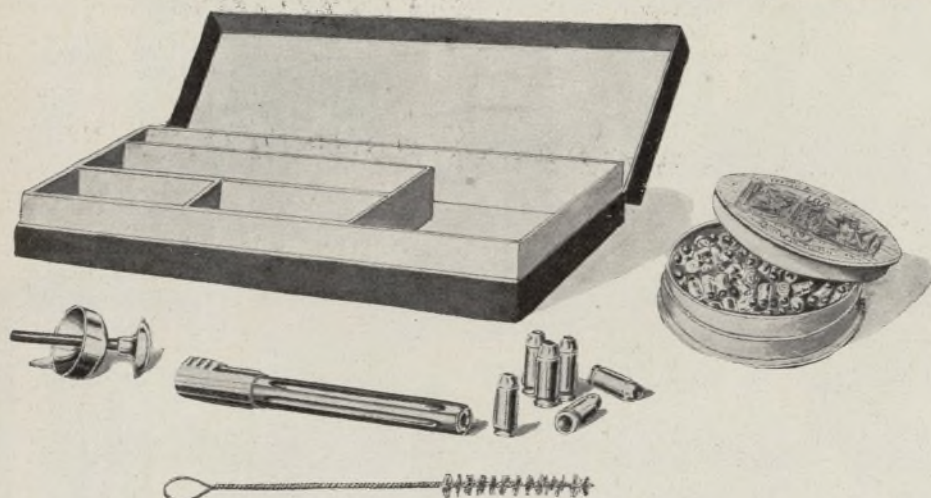
ha obtenido en todos los Concursos la superior recompensa, habiendo sido declarada única reglamentaria en el Ejército, Marina, Cuerpo de - - - Carabineros y Cuerpo de Prisiones - - -
Calibres 9 largo, 9 corto, 7,65 y 6,35

Los Jefes y Oficiales del Ejército y Marina, pueden adquirirla a plazos por conducto de "Armas y Letras".

PIDAN DATOS A LA ADMINISTRACION DE LA REVISTA

UN NUEVO INVENTO Y UNA NUEVA PERFECCION

Todos pueden ser tiradores y todos pueden ejercitarse en el tiro dentro de su propio domicilio



Se consigue con el equipo de

CAÑÓN DE CALIBRE REDUCIDO

que posee la

Pistola nacional "ASTRA"

PRECIO del equipo, compuesto de estuche con cañón, seis cartuchos de recarga, yunque, botador, escobillón y una caja de 100 cartuchos de perdigón.

16 Pesetas

Los pedidos, a la Delegación General de la pistola nacional ASTRA:

A. V. de Bernabé - Duque de Osuna, 3, Madrid - Apartado, núm. 8.043

NOTA: Este equipo sólo puede ser utilizado en las pistolas de calibre 9 corto y 7,65.

Ayuntamiento de Madrid

Tartarín de Tarascón

POR ALFONSO DAUDET

(CONTINUACIÓN)

dioso... Entonces, después de un silencio, la señora de Bésuquet, acompañándose empezaba:

Robert toi que jaime (1)
Et qui recuí ma foi
Tu vois mon effroi (bis)
Grâce pour toi-même
et grâce pour moi

Y añadía en voz baja: «Ahora entráis vos, señor Tartarín,» y Tartarín de Tarascón, con el brazo extendido, cerrado el puño, dilatadas las narices, decía por tres veces con voz formidable, que repercutía como un trueno en las entrañas del piano: «¡Nol... ¡nol... ¡nol...» lo que en buen meridional pronunciaba: «¡Nan!.. ¡nan!... ¡nan!...» A lo cual la Bésuquet madre repetía otra vez:

grâce pour toi-même
et grâce pour moi

«¡Nan!... ¡nan!... ¡nan!...» gritaba Tartarín deliciosamente, y aquí acababan... Lo que cantaba era cortísimo, como podéis ver, pero tan bien dicho, tan acertadamente hallado y tan diabólico,

(1) Roberto, yo te amo y posees entera mi fe; pero ahora que ves mi horror ten piedad para ti mismo y tenla también para mí.

que un estremecimiento de terror recorría los ámbitos de la farmacia haciéndoles repetir entusiasmados «¡Nan!... ¡nan!...» lo menos cuatro o cinco veces.

Acto continuo, Tartarín se secaba la frente, sonreía a las señoras, guiñaba el ojo a los hombres, y retirándose con su triunfo se encaminaba al casino, donde decía, con aire de negligencia: «¡Vengo de casa de los Bésuquet, de cantar el dúo de *Roberto el Diabolo*!».

¡Y lo mejor del caso es que él lo creía tal como lo decía!...

IV

III Ellos!!!

Por tales variadas cualidades, era por lo que Tartarín gozaba de tan alta y elevada consideración en la villa.

Por otra parte, es positivo que ese diablo de hombre había sabido sobreponerse a todo el mundo.

En Tarascón la milicia estaba por Tartarín.

El bravo comandante Bravida, capitán retirado de reclutas, decía al hablar de él: «¡Es listo como un conejo!» y tened en cuenta que el comandante era entendido en cuestión de conejos.

≡ CALZADOS ATLANTA ≡

FABRICACION PROPIA

PROVEEDOR DE LA COOPERATIVA
- DEL MINISTERIO DE LA GUERRA -

ESPECIALIDAD EN MEDIDAS

VENTAS AL CONTADO A LOS SEÑORES MILITARES, CON 10 POR 100 DE DESCUENTO

SAN MARCOS NUMERO, 37.—MADRID



EL ESCUDO DE SEVILLA

Hortaleza, núm. 128 MADRID Teléfono 51-22 M.

MANUFACTURA DE TODOS LOS ARTICULOS DE

MALLAS A MANO (Filet Brodé)

COLCHAS, STORES, TAPETES, ETC., ETC.

ENCAJES DE TODAS CLASES

CONFECCIONES - TELAS BLANCAS

EXPORTACIÓN

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono. M. 415.—FUENTES. 7.—MADRID

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono. 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis

Especialidad en composturas.—Se facilitan a plazos a los Sres. socios de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra.—Descuento del 12 por 100 a los mismos en operaciones al contado.

IMPERMEABLES

O de las mejores fábricas, se hacen a medida para O
O señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competen- O
O cia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de O
O Gracia, 2 al 6 (esquina a Montesa), M A D R I D. O
O Teléfono 39-50 M.

Calle de Atocha, núm. 7 -- MADRID

En fin, el pueblo estaba por Tartarín. Su cuadratura, sus andares, su aire de buen caballo de corneta que no teme a las balas; la reputación de héroe que le provenía que se yo de donde, alguna distribución, de vez en cuando, de monedas de diez céntimos o de cachetitos a los limpia botas instalados en su portal, habíanle dado el carácter de lor Seymour del lugar, de rey de las plazas tarasconesas.

Los domingos, en el muelle, cuando Tartarín regresaba de caza, con la gorra en la punta del cañón, cinchada su blusa de bombasí, los mozos de cordel del Ródano se le inclinaban respetuoso, y guiñándose el ojo admirando los enormes músculos que ostentaban sus brazos, decíanse por lo bajo unos a otros con admiración:

«¡Este sí que tiene fuerza!... ¡Tiene grandes músculos!»

¡Grandes músculos!

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

CASA OCHOA

ATOCHA, 7 - MADRID

RADIOTELEFONIA
MATERIAL ELECTRICO

Accesorios y aparatos de galena y lámparas

5% descuento a militares y suscriptores de ARMAS Y LETRAS

SEÑORES MILITARES

Visítad la fábrica de IMPERMEABLES de la
Sra. VIUDA DE C. MENOR
Concepción Jerónima, 30, principal
MADRID

¡Para entender en músculos no hay como Tarascón!

Y sin embargo, a pesar de todo, con sus *numerosos talentos*, grandes músculos, favor popular, y grande estima del bravo comandante Bravida, antiguo jefe de reclutas, Tartarín no era feliz: esa vida de pueblo se le hacía pesada, le quitaba la alegría. El grande hombre de Tarascón se fastidiaba en Tarascón. La verdad es, que para una naturaleza como la suya, para alma aventurera y temeraria, soñadora de batallas, expediciones a las pampas, grandes cacerías, arenales del desierto, huracanes y ciclones, concretarse a una batida de gorras todo los domingos y a ejercer justicia los demás días en casa del armero Costecalde, era ciertamente muy poco... ¡Pobre bravo hombre! A la corta o a la larga hubiera tenido que morir de consunción.

En vano, para agrandar sus horizontes, para olvidar un poco el círculo y la plaza del mercado rodeábase de baobabs y de otros vegetales africanos: en vano amontonaba armas sobre armas, flechas sobre flechas: en vano sumíase en libros de caballerías, buscando como el inmortal Quijote

FABRICA DE GALONES

DE

JOSEFA MARTINEZ

PROVEEDORA DE LA REAL CASA

VENERAS, 5, TRIPLICADO - MADRID

MINGOTE

SASTRE MILITAR

ESPECIALIDAD EN TODA CLASE DE UNIFORMES

MILITARES Y CIVILES

MAYOR, 88 (Frente a Capitanía) MADRID

MEJILLAS DE DRO
PARAGUAS MADRID

TALLERES PROPIOS

LA ORTOPEdia MODERNA

GRAN CASA CONSTRUCTORA

DE

APARATOS ORTOPEdICOS

DE

PIERNAS Y BRAZOS ARTIFICIALES

UNICA EN CORSES DE CELULOIDE

CESAREO ALONSO

Fuencarral 104 - Telefono J. 415

MADRID

PROFESOR ORTOPEdICO DEL HOSPITAL MILITAR

«Guía del suboficial, sargento, cabo y soldado para obtener destinos» por D. Galo Paule, Suboficial de Caballería. Los pedidos al autor en Regulares Indígenas de Melilla, número 2.

SASTRERIA



ABIA HERMANOS

Príncipe, 4 entlo.
Teléfono, 2619 M.
MADRID

vigor en las lecturas para sustraerse de las garras de la despiadada realidad.... ¡Ay! todo cuanto hacía para calmar su sed de aventuras, no servía más que para aumentarla. La contemplación de todas sus armas tenía siempre en perpétuo estado de cólera y de excitación. Los rifles, las flechas y los lazos le gritaban a voz en grito: «¡Guerra! ¡guerra!»

En las ramas de su baobab soplabael viento de grandes viajes, haciendo percibir a sus oídos malos consejos. Para decirlo de una vez, Gustavo Aimard y Cooper...

FLÉRIDA

14, CRUZ, 14. (Antes Alcalá, núm. 6)
MADRID

Fábrica de flores y plantas artificiales

AZAHAR // APRESTOS // SEMILLAS

-- ESPECIALIDAD EN CORONAS FÚNEBRES --

EXPORTACION A PROVINCIAS

PARA CAMAS DORADAS

CALLE DE ATOCHA, NUMEROS 8 Y 10

PARA MUEBLES
DE TODAS CLASES

ATOCHA, 8 y 10

PARA BARATURA Y SOLIDEZ
DE LOS ARTICULOS DICHOS

ATOCHA, 8 y 10

FABRICA: SEGOVIA, 29. — MADRID

JOYERIA -- PLATERIA
-- RELOJERIA --

J. HERNANDEZ Y G.^A ADROVER

(S. EN C.)

PROVEEDORES DE LA COOPERATIVA MILITAR

MADRID, Carretas, 39.-Tel. 52-48 M.

Alfonso XIII, 13, MELILLA

El Arca de Noé

CASA ESPECIAL EN SUMINISTRO DE OFICINAS

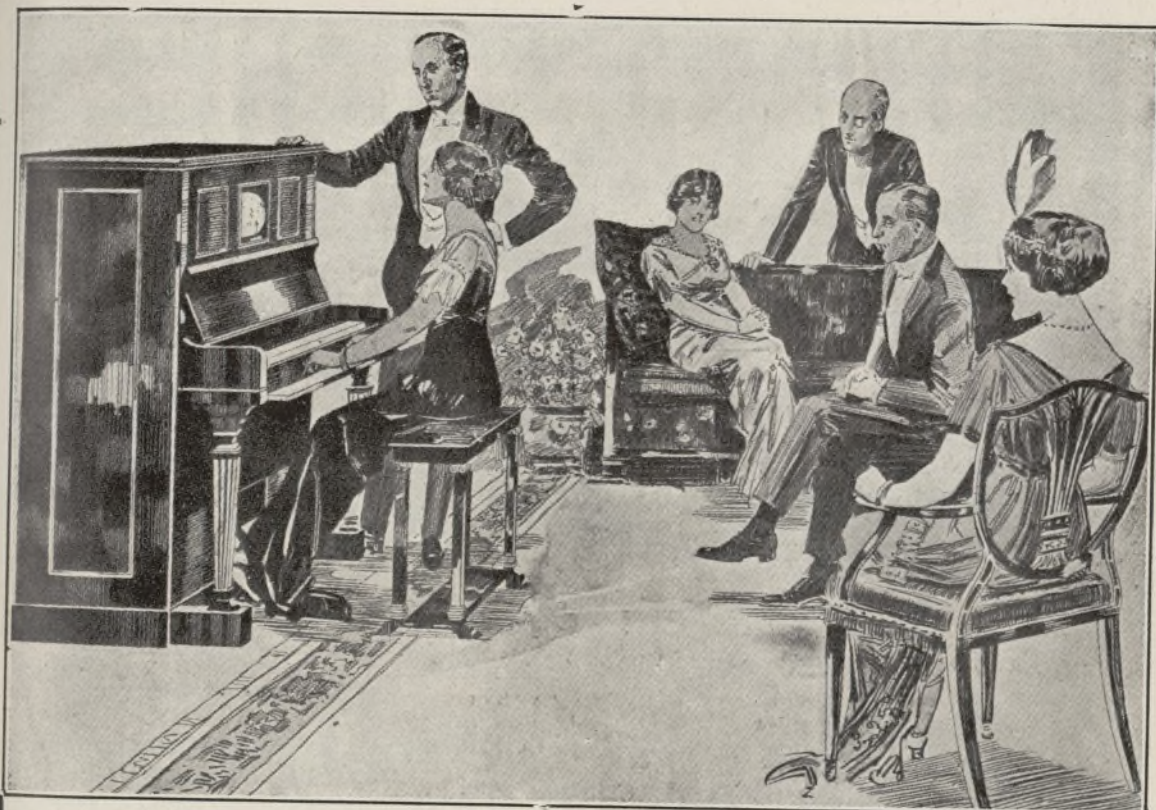
ALMACEN DE PAPEL

OBJETOS DE ESCRITORIO

PAPELES DE HILO Y ALGODON — SOBRES DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS
STILOGRAFICAS GARANTIZADAS — LIBROS RAYADOS — TINTAS DE 1.^A CALIDAD

VENTAS AL POR MAYOR Y AL DETALL

CORREDERA BAJA, 39.—TELÉFONO 44-79 M.—SUCURSAL: CALLE DEL PEZ, NÚM. 2.



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de todos

LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA-PIANO"

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

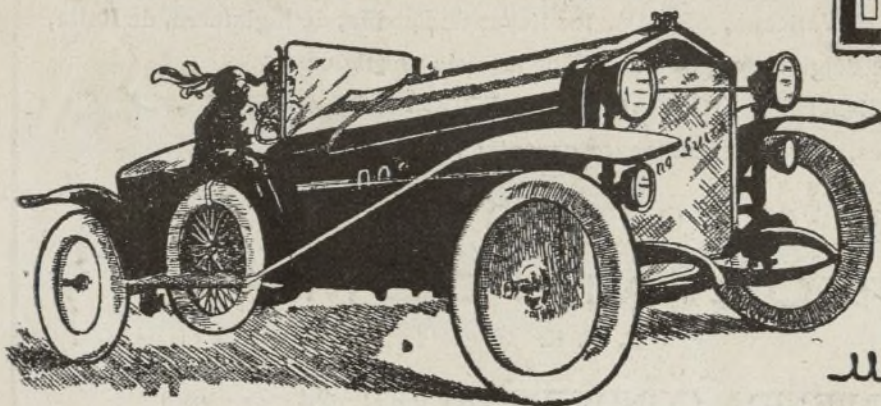
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA :

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Ucholsky

Imp. de ARMAS Y LETRAS. Tutor, 6.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid

ARMAS Y LETRAS

SOBRE EL ARTE DE LA GUERRA

Será verdad que la guerra es un arte y un gran arte, y que hombres como Napoleón son arquitectos de pueblos, escultores que amasan con barro humano para modelar colosales figuras que sobreviven a su época; será verdad que estos grandes capitanes, derrumbadores de tronos y trastornadores del equilibrio europeo han pintado para la eternidad, como el artista helénico, y han dejado obras imperecederas; pero el hecho es que, si la guerra es un arte, no hay arte menos comprendido por los artistas.

Me refiero a los artistas puros, enamorados de su arte, idólatras de la forma, fieles asistentes u oficiales al culto ritual, un poco estrechos, limitados, pero, en puridad, los verdaderos artistas,

no los artistas forrados de sociólogos o de moralistas, los que han sentido inclinación hacia las ciencias morales y políticas. En general, estos artistas exclusivistas, cuya vida está consagrada al culto de su arte, y cuyo tipo, definido y fijado, han sido, v. gr., Teófilo Gautier, Paul Louis Courier, Leconte de Lisle, Flaubert, los hermanos Goncourt, en Francia, y en España, un Zorrilla, un Juan R. Jiménez, actualmente, casi siempre han detestado la guerra. Es decir, por tener demasiado alucinado el cerebro de imaginaciones poéticas, no han concebido las imágenes guerreras. En su vigorosa fantasía las figuras bélicas se han achicado como en el objetivo de un veráscopo, mientras que las figuras eróticas, sentimentales o



A la luz viril del combate cuerpo a cuerpo, estética en su grandiosa vistiosidad, en donde los antiguos guerreros, en campo abierto, ajaezados con magníficas armaduras y pintorescos uniformes, hacían alarde de su brío y valor, le ha sucedido los combates sin brillo, de anónimos heroísmos, en los cuales los soldados avanzan, socabando la tierra al igual que los topes, contra un enemigo invisible, que los bate desde larga distancia, enmascarados con monstruosas caretas protectoras de gases asfixiantes, que produce la impresión morbosa de una visión dantesca...

novelescas, han tomado proporciones de pesadilla. No se representa la guerra sino a lo sumo como un juego de intereses y de ambiciones, y no conciben que nadie la considere como un poema.

Desde este tipo de artistas es ejemplar selecto y acabado Paul Louis Courier, que, yendo a la campaña de Italia con el ejército napoleónico, no concebía la belleza de aquella guerra, realizada para asegurar los principios de la Revolución francesa, ni admiraba la singular magnificencia de aquel Bonaparte, elevado de *petit caporal* a primer cónsul en un momento favorable, sino que, como un turista de las bellezas italianas, como uno de esos incurables adoradores del pasado que hoy execra Marinetti, cruzaba indiferente ante el espectáculo de la guerra, sin embriagarse de gloria y victoria, deteniéndose en medio del campo, como le dice a su amigo Chlewaski en carta íntima, por llorar por un lindo Hermes, niño vestido y encapuchonado con piel de león, del cual sólo quedaba el pedestal, sobre el cual el militar poeta escribió con evocación erudita: *Lugete, Veneres Cupidinesque...* O si se detenía otro momento y hacía un alto en su marcha con el ejército francés, era para lamentar la pérdida de un manuscrito del cardenal Bembo o de Terencio que los soldados se llevaron por guardarse unos dorados que ilustran las páginas, o para indignarse con sacro furor de artista ante la Venus de la Villa Borgliese, que había sido herida en una mano y mutilada por algún descendiente de Diómedes, o el Hermafrodita, *immane nefas!*, que apareció con un pie roto...

Este sentir de Paul Louis, expresado por tan elegante modo, es casi el unánime sentir de los artistas con respecto a la guerra. Hay en ellos un respeto y veneración a las cosas de arte que supera a la admiración subitánea, fulgurante y viva que pueden suscitar los grandes capitanes o las grandes guerras. Ante la guerra de 1870, en un momento de crisis nacional tan aguda, Flaubert confesaba en cartas íntimas no sentirse más francés que algonquino, y deploraba, ante todo, como lo más inhumano, cruel y repugnante de la guerra, el estancamiento intelectual, el desdén por los goces del espíritu, la *bétise* ambiente que sobrevivía a todas las guerras.

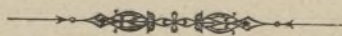
Los Tirteos han muerto para no volver más.

Un caso como el del poeta Arndt en Alemania no se repite quizá en la historia contemporánea. Un canto accidental, como el *Canto del odio*, de Lissaner, constituirá un éxito momentáneo, pero no representa todo el espíritu de un poeta, aparte de que la poesía guerrera no es precisamente la poesía del odio ni ese género de poesía, especie de diálogo de esgrima lírica, que representan la *Canción del Rhin alemán*, de Nicolás Becker, y la réplica de Alfred de Musset.

No; han pasado las épocas épicas en que los poetas podían entonar con denuedo el *arma virumque cano*, y aquellas otras épocas en que las armas y las letras eran hermanas gemelas, y en que un Garcilaso de la Vega acababa heroicamente su vida de predilecto de los dioses, breve y poética. Hoy surgen cantos aislados, breves llamaradas épico-líricas y, aun esas, ¡cuán débiles, ténues y fugaces!... No se siente el soplo fuerte de la inspiración bélica; la trompeta épica, oxidada y herrumbrosa, no resuena ya ni hace eco en los espíritus. Se acabaron los Aquiles y los Homeros; por consiguiente, han enmudecido. El viejo Hugo aún podía cantar a su Napoleón en las estrofas alucinatorias: *Lui, toujours lui!*... pero ¿qué poeta francés poetizará la figura paciente y burguesa de Joffre, *le terrassier*? Quizá el general Nivelles, oscuro coronel, de guarnición en provincia hasta hace poco, elevado de súbito al alto mando, tenga algo de poetizable.

De todos modos, la poesía épica ha muerto en la edad contemporánea. Ernesto Renan echaba la culpa a la artillería; más prudente sería achacárselo al espíritu del tiempo. Hoy hay que ser un poeta aúlico, un poeta palaciego, laureado y remunerado por el rey, como Lord Alfred Tennyson, para atreverse a tomar como asunto de poema la carga de la brigada pesada en Balaclava, o dedicar epitafios al general Gordon u odas al general Hamley. Por eso se ha observado que aún no salió de la guerra un poeta épico, un verdadero poeta que abarcase todos los aspectos de la gran guerra actual, de la cual sólo quedarán las tempranas floraciones de los muertos heroicamente *sur le champ de l'honneur*, Carlos Peguy o Ernesto Psichari, y quizá algunos cantos breves e intensos, recién aparecidos, de Ferdinand Gregh.

ANDRÉS. GONZALEZ-BLANCO.





PIZARRO EN LA ISLA DEL GALLO



Francisco Pizarro, hostigado por el calor y el ansia de la espera, abandonó su tienda y se acostó en la playa, bajo la noche clara y estival. Estaba en la solitaria isla del Gallo, hacia el Norte del Perú, con un centenar de conquistadores, aguardando refuerzos del gobernador de Panamá para proseguir la conquista de El Dorado. De repente se puso en pie y aspiró a grandes alientos el aire marino, perfumado y salobre. Sus ojos al par soñadores y enérgicos, escudriñaban, inútilmente ansiosos, la presencia de una nave amiga en la anchura del mar. Nada veía en el horizonte, enorme y mudo como su desesperación; sólo en el agua las fosforescencias verdosas, en el aire el brillar de las luciérnagas, y allá, arriba, la luna llena, redonda, congestionada, como un extraño sol nocturno.

Volvió a tenderse en la playa. Los rayos del satélite ponían un reflejo azulado en la coraza del conquistador, que al irradiar, dábale, en la soledad de la noche, un aspecto singular, misterioso y fantástico. Sobre el lienzo de arena, el rostro demacrado y anguloso, y la barba negrísima, nimbada de luna, recortábanse como la testa de un viejo Cristo bizantino. Abollada la coraza, huérfano de cimera el casco, raído el justillo, descalzo, destrozado y maltrecho, pero altivo en su miseria como un héroe en desgracia, la grandiosa figura de Francisco Pizarro parecía predecir la de aquel loco paladín andante que inmortalizó la pluma de Cervantes.

Pizarro ensoñaba, evocando el pasado y queriendo avizorar el porvenir. Y su recuerdo volaba hasta las horas de su infancia, en una ciudad extrêmeña, huérfano, serio y triste, pastor de cerdos

un tiempo, criado, después, de un monje platero artifice, que labrando custodias y cálices despertó en él la codicia y la sed de riquezas; la melancolía de los que no fueron niños jamás habíase traducido en él en un sentimiento de rebelión, y las narraciones fabulosas de un *nuevo mundo*, por aquel entonces tan en boga—mediados del siglo xvi—, comparadas con lo miserable de su condición, sugiriéronle un deseo incierto e incontenible de batalla y de oro. Alistado en las filas de los aventureros que emigraban, adiestróse en el arte de la guerra, y fué ante la inesperada aparición del Grande Oceano cuando vio a Núñez de Balboa entrar en las aguas y oyóle gritar con épica entonación, «yo me apodero de vosotras en el nombre de mi Dios y de mi Rey» cuando brilló en su mente la visión clara y precisa de aquel nuevo mundo que debía conquistar. Entonces puso la suerte en su camino a dos hombres como él, ambiciosos y decididos, Hernando de Luque y Diego Almagro, que, cooperando a la empresa, reunieron dinero; equiparon fuerzas, consiguieron la protección del Gobernador de Panamá y cumularon de una misma hostia, jurando llevar más allá de los mares la cruz de Jesucristo y el pendón castellano. Todo lo recordaba con profunda tristeza el denodado extremeño, agente belicoso y activo de la conquista, mientras aquella noche, maltrecho y herido, esperaba con un puñado de hombres hambrientos, en la desierta isla del Gallo, un refuerzo del gobernador de Panamá, que ya tardaba mucho en llegar.

Un rayo de sol dió un beso de fuego en el demacrado rostro del conquistador español. Francisco Pizarro se levantó de nuevo. Era una mañana deslumbrante: bajo la luz del gran astro, la

arena, el océano y el aire tenían una a la vez diáfana y áurea coloración. De pronto, el esforzado buscador de oro dió un gran grito:

—¡A mí, soldados, que los hermanos vienen a nosotros!

De las tiendas que alteaban, como pájaros blancos, en la llanura amarilla, salieron cien soldados macilentos, con débil paso, al son crujiente de sus armaduras. Allá lejos, en el cielo luminoso, se recortaban las velas de las galeras engalanadas con el pabellón de Castilla.

Pero desvaneció la esperanza que había agolpado en la playa a los soldados. Arribados los buques y desembarcados los viajeros, pronto se supo que no venían a prestar ayuda, sino a echar por tierra sus esfuerzos. El caballero Tatur, que era quien comandaba las embarcaciones, dirigióse a Pizarro en tono de reproche zumbón. Era hombre pequeño y ventruído, de corva nariz y ojos oblicuos; en sus fríos labios, astutos y descoloridos, había una expresión helada y cortante, de malicia y de perversidad.

—Vuestra gloria se opaca, seor don Francisco; pero vuestra locura cura y vuestra vida se salva.

—No os entiendo, caballero Tatur— respondióle Pizarro en el pomo de su espada la diestra, imperativa la mirada, bajo el arco magnífico de las cejas—.

No se opaca mi gloria, pues que nunca la tuve, pero la tendré; no soy loco, sino valiente, y nada vale mi vida si no se salva mi empresa.

—Bueno, bueno, todas esas altiveces, seor Pizarro, a D. Pedro de los Ríos, gobernador de Panamá, y no a mí, pues él me envía.

Del tropel de soldados partió un grito ansioso:

—¡Loado el señor gobernador, que manda por nosotros!

—Pues, sí—prosiguió Tatur—, el gobernador no cree en las fabulosas ripuezas del Nuevo Mundo. De vuestros mismos soldados se han recibido quejas, y ved lo que ha llegado a Panamá, dentro de un ovillo de algodón de los que fueron enviados como muestra.

Y como Pizarro no supiera leer, el mismo Tatur leyó una carta del soldado Sarabia con esta sangrienta copla:

*Pues, señor gobernador,
mírelo bien por entero,
que allá va el recogedor
y aquí queda el carnicero.*

Tras de una breve pausa, terminó diciendo:

—Por esto, pues, tengo orden de que todos volváis a Panamá.

—Todos, no—exclamó Pizarro—; que en mi albedrío nadie se entra y he de quedarme a morir con mi locura o a triunfar con ella.

Sus negros ojos se clavaron retadores en el confuso emisario, y bajo la voz iracunda, la gran barba del guerrero tembló con belicoso vibrar.

—Eso... al gobernador—murmuró con su helada sonrisa Tatur.

—¡Y a vos, grandísimo bellaco!—rugió Pizarro—. ¡A vos, emisario de la cobardía y la desconfianza, que no os avergonzáis de venir a sobornar a un puñado de buenos españoles y de buenos cristianos.

—Reportaos, seor don Francisco, y no hagáis que se convierta en misión de sangre esta de paz con que a vosotros vengo.

¡Ira de Dios!—gritó fuera de sí el conquistador—. ¡Antes rojo de sangre que de vergüenza!

¡Venid que os enseñe cómo vibra la espada de un buen vasallo del Rey nuestro señor!!

Los soldados ya se agitaban, como parodiando el oleaje del mar, cuando de la haraposa hueste de Pizarro salió el piloto Ruiz a apaciguar los ánimos:

—¡Calma, hermanos! Caballero Tatur, seguid a D. Francisco a su tienda y entendedos allí como hombres de bien. ¡Que no se diga que vosotros excitáis a los soldados!

Largamente conferenciaron; pero todo fué inútil.

Al caer de la tarde, mientras Pizarro arengaba a los suyos con un resto de esperanza, una voz salió de entre el pelotón de soldados a interrumpirle:



—No queremos perder la vida por unas pocas baratijas de oro.—Y un clamor unánime agregó:

—¡A Panamá, a Panamá, a Panamá!

Entonces, Pizarro desenvainó su espada, y rápido, con un gran gesto heroico, digno de un titán, trazó una línea de Oriente a Occidente. Sus ojos brillaban con fulgor de poseídos, y la voz resonó como un clarín guerrero:

—Por aquí—dijo señalando al Norte—se va a Panamá, a la pobreza y a la vergüenza; por allá—agregó señalando al Sur—se va al Perú, a la riqueza y a la gloria; y ahora escoja el que sea buen castellano lo que mejor le estuviere.

Y erguido, con majestuoso continente, el esforzado, noble y fanático caballero, pasó la raya. El griego Pedro de Candia, soldado de los que le acompañaban, sintiendo renacer dentro de sí el espíritu heroico de los héroes homéricos, y luego el piloto Ruiz, y luego diez más, vencidos por el ejemplo de su capitán, y sobre su espada doce espadas más cayeron formando doce cruces en una sola.

—Por la cruz de nuestra espada—dijo el griego—juramos todos correr la misma suerte.

—Y esa cruz—terminó Pizarro—será el símbolo que triunfará en el Nuevo Mundo.

Resueltos ya a permanecer y a llevar adelante la conquista, Pizarro comisionó al piloto Ruiz para que volviese a Panamá a dar cuenta a Luque y a Almagro de los acontecimientos y a exhortarlos que no desmayaran en prestarles ayuda.

Tafur, vencido por el valor de los conquistadores, consintió en dejarles provisiones y los doce héroes, cuando las galeras se perdieron en el horizonte, cayeron de rodillas en la playa, renovando su promesa en el nombre de Dios Nuestro Señor.

En el silencio del atardecer, el juramento de los doce leones tuvo un gran aire epopéyico, majestuoso y solemne. El mar puso, como un himno, su ruidosa armonía, y el sol enrojecido se hundió tras el Océano, como avergonzado de tanta grandeza.

Y así empezó la conquista del Perú.

FELIPE SASSONE



Nuestro compañero Pepe Cariño, Delegado gubernativo de Cangas de Tineo, con las autoridades y grupo de exploradores creado a su iniciativa.



ERCED a la fotografía, hemos podido sacar del olvido una preciada reliquia que campeaba, como noble ejecutoria de la raza, en la antigua *Plaza de la Yerba*, hoy confirmada ya con otro nombre, aunque todos en Zamora la señalan con el antiguo.

Debió esta plaza su denominación a un acontecimiento ocurrido por el año 1531, que, llenando de temores y sobresaltos a la capital, dejó glosada una de las páginas en que más claramente se vendrá en conocimiento del heroico y esforzado temple de nuestra raza.

En una de las reuniones que la nobleza celebró por aquella época en el templo de Santa María la Nueva, a causa de una discusión de poca monta entre el anciano caballero D. Diego de Monsalve y el joven y gallardo D. Diego de Mazariegos, los pocos años y los muchos bríos hicieron a éste perder la discreción y el respeto, y arrancando el báculo del viejo, hubo de golpearle con él sobre la frente, hecho lo cual salió del templo entre la natural confusión.

Quedó el anciano Monsalve herido de muerte con la afrenta; escribió a sus hijos, ausentes a la sazón, contándoles el suceso y rogándoles que de él no tomaran ninguna clase de venganza, y murió a poco. Todas estas tristes nuevas llegaron a Gorón de Grecia, donde el hijo mayor de Monsalve se hallaba como capitán valeroso y esforzado.

La ira y el dolor dieron con él en tierra, presa de un síncope, vuelto del cual, sus amigos le instigaron a tomar reparación de la afrenta, con la promesa de matarle a él si en el término de dos años no daba remate a tal empresa de honor.

Sus amigos y paisanos ayudaronle a recabar permisos para el viaje y licencia del Maestre de la Orden a que pertenecía; juntáronle más dinero sobre los

8.000 escudos que del saco de Corón le pertenecieron, y a su tierra natal volvió el de Monsalve, con varios de sus amigos—Bernardo Sotelo entre ellos—con la espada preñada de coraje y el corazón rebotante de bravura.

Comedido y cortés, en cuanto Monsalve sentó sus reales en España, mandó una misiva a Mazariegos, emplazándole para el desafío en una isla del Duero cerca a Fariza, dejando a su elección las condiciones del encuentro.

No anduvo, a lo que parece, muy diestro en acudir el de Mazariegos, pues dando ocasión a que el Corregidor se enterase, mandó prender a Monsalve, lo que no se logró porque el retador cambiaba de

— RASGOS DE RAZA —

El desafío del estupendo caballero D. Diego de Monsalve

lugar a cada paso.

Así las cosas, un día sorprendió a los zamoranos la lectura de unos carteles fijados con profusión por la ciudad, en los cuales Monsalve, luego de relatar lo acontecido, retaba nuevamente al ofensor de su padre, emplazándole para el término de dos meses, que aguardaba en Portugal su



Encrucijada de la ciudad de Toro, en la que se halla el antiguo palacio del caballero Monsalve

repuesta, haciendo constar que, transcurrido este tiempo sin la consiguiente satisfacción, se valdría de cuantos medios estuvieran a su alcance para lograr la reparación debida, *ya con armas arrojadizas, aventajadas, de fuego, y de otra cualquier manera, aunque sea con tósigo o ponzoña: indigna cosa de poner en memoria de un hombre.*

Estas fueron las últimas palabras que el de Monsalve estampó en su cartel de desafío.

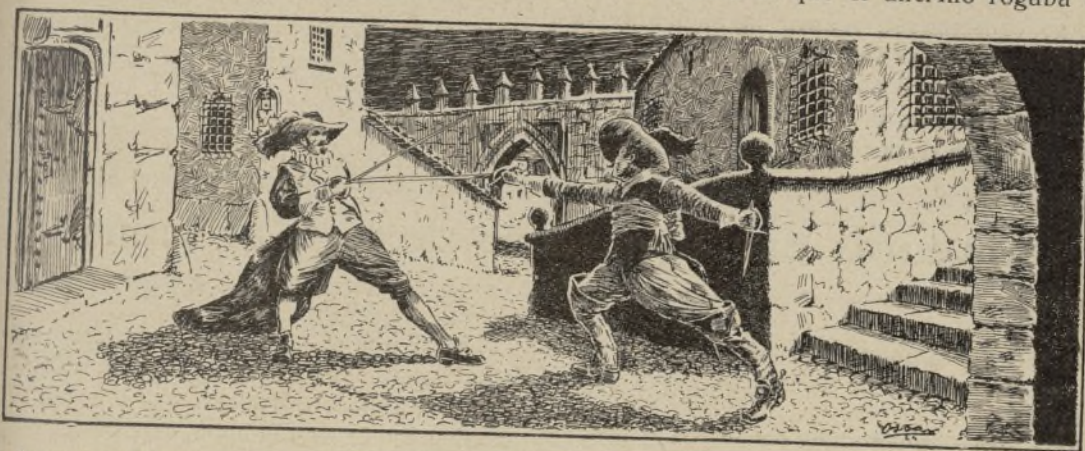
Ninguna respuesta dió el de Mazariegos, ni parecía cuidarse gran cosa de las últimas advertencias contenidas en el cartel desafiador; pero hubo de rectificar bien pronto porque notó unos rumores subterráneos alrededor de su palacio, que le hicieron recurrir al Corregidor, quien descubrió una mina trazada desde una casa contigua y encaminada a la Mansión de Mazariegos.

ve, le serían entregados 500 ducados por el vecino de Zamora Gregorio Sotelo. Para terminar con una situación tan enojosa, se convino, al fin, en algo que diese los pacíficos resultados apetecidos y, en su consecuencia, Mazariegos fué a postrarse ante el sepulcro del ofendido anciano he hizo allí una retractación, de la que tomó nota un escribano, y fué enviada a Monsalve, concertándose también el lugar en que los dos contendientes habían de hallarse para la reconciliación.

Así que se hallaron los dos, con los jueces y testigos en el *Campo de la Verdad*, avanzó Mazariegos hacia Monsalve y, mostrándole una carta, le dijo:

—Vea vuestra merced lo que vuestro padre os recomienda aquí.

Era la misiva en que el anciano rogaba a su



Ya éste tomó en más cuenta la advertencia y puso en mejor recaudo su persona, ocultándola en un monasterio; el cual asaltó una noche Monsalve, entrando con dos amigos por una ventana. Gracias al tino de los monjes no se hallaron allí frente a frente los litigantes; pero estos y otros acontecimientos, prolijos de relatar, agriaron tanto las pasiones entre las familias de ambos mozos, que, aprovechando las circunstancias de hallarse sus viviendas fronteras, comenzaron a entablar tan enconada lucha, que en mucho tiempo hubo de paralizarse totalmente el tránsito por aquel sitio, donde la hierba creció salvaje y enmarañada, como el odio de aquellas familias; dando motivo a que se le denominara *Paza de la Yerba*, de allí en adelante.

Estaba suspenso el caso, cuando una mañana, haciendo detener la procesión del Domingo de Ramos, que por las calles de la capital pasaba, cuatro jinetes bien enjaezados pregonaron que a quien dijese el paradero de Mazariegos a Monsal-

hijo que no tomase venganza alguna y que defendiese a Mazariegos, como a su deudo que era.

—Aquí —replicó Monsalve— habla mi padre como cristiano, pero a mí me toca obrar como caballero.

Entonces Mazariegos, tomando su espada por la punta, se la entregó diciendo:

—Suplico a vuestra merced tome esta espada y haga misericordia de mí como de su rendido.

Tomóla Monsalve con gallardo continente, y pasando la punta a la guarnición, dijo en voz alta, para que fuese oído de todos:

—Doy muchas gracias a Dios porque ha traído a vuestra merced a este convencimiento. Viva vuestra merced en paz de hoy en adelante, y si alguno le agraviase, avíseme, que yo le desagraré y satisfaré a todo mi poder.

Y metiendo su daga en la vaina, se quedó con una espada en cada mano.

Bien entendieron todos la humillación de aque-

llas palabras; pero lo de quedarse con la espada del rendido era cosa que no entendían igual.

Uno de los amigos de Mazariegos se llegó a Monsalve a reclamar la espada para su patrocinado; pero el inflexible caballero, mostrando la suya, respondió:

—Con esta defenderé yo al señor de Mazariegos cuando lo haya de menester, que la que vuestra merced reclama no tendrá valor de aquí en adelante.

—Mejor será la mía para ese caso—replicó amostazado el demandante.

—Esto por ver está añadió—Monsalve—y en parte se halla vuestra merced donde poder probarlo si quisiéredes.

Intervinieron todos los allí presentes con grande y buena voluntad, y a esto se debió que no terminase en duelo la concertada reconciliación. Pero no consiguieron reducir la inquebrantable resolución de Monsalve.

Con la flamante espada de Mazariegos se quedó; y la preciosa arma, de templado y reluciente acero enojada ricamente en la guarnición de los

gavilanes, la colocó Monsalve atravesada sobre el escudo de piedra que campeaba en la fachada.

Allí estuvo muchos años, frente al otro solar donde un día salió la afrenta para el anciano Monsalve, y dicen que durante todo este tiempo permanecieron cerradas las puertas y ventanas de los Mazariegos para no ver aquel permanente orgujón vejatorio.

Y allí siguió y siguió muchos años, hasta que llegó el último día de Mazariegos. Entonces le mandó descolgar Monsalve y se la llevó a la ciudad de Toro. Ya muerto el ofensor de su padre, le era poco grato vivir en el lugar de la ofensa, y fué a pasar el resto de su vida a su casa toresana.

Hasta hace bien poco, quedaba en pie el torreón principal de la casa Monsalve. Ya no se veía sobre su escudo la famosa espada, pero sí se recordaba el temple de su estupendo vencedor, como un eco heroico de lo que fué la raza, esta raza ibérica tan desgastada por las desventuras y los reveses.

JULIO HOYOS

Inventos que han revolucionado al mundo

Gutenberg, grabador alemán, que descubrió los caracteres móviles de imprenta y la prensa tipográfica.

Volta, físico italiano, que construyó la primera pila eléctrica y descubrió la electricidad dinámica.

Papin, físico francés, que descubrió la fuerza elástica del vapor y experimentó su utilización.

Los hermanos Montgolfier, que inventaron los globos.

James Watt, mecánico escocés, que fué el primero en hacer completamente automática la máquina de vapor.

Richard Arkwright, noble inglés, que reemplazó la rueca y el huso por la máquina de hilar.

Jacquard, mecánico francés, que construyó el telar que con algunos perfeccionamientos se usa todavía.

Lamarck, naturalista francés, que concibió la teoría del transforismo universal, sostenida después por Darwin.

El marqués de Jouffroy, francés, que inventó realmente la navegación a vapor, aunque este título se atribuya frecuentemente al americano Fulton.

Jenner, médico inglés, que descubrió la vacuna contra la viruela.

Moore, pintor y escultor americano, que en 1832 inventó el primer telégrafo eléctrico.

Lobon, ingeniero francés, que creó en 1786 el alumbrado por gas de hulla, cuyo sistema perfeccionó el inglés Murdock seis años después.

Stephenson, ingeniero inglés, inventor de la locomotora.

Bessemer, ingeniero inglés, que imaginó el convertidor del acero y revolucionó la industria metalúrgica.

Morton, médico inglés, que descubrió las propiedades anestésicas del éter.

Pasteur, popular especialmente por su vacuna antirrábica.

Edison, ingeniero americano, inventor del fonógrafo, del cinematógrafo y de la lámpara de incandescencia.

Marconi, italiano, que supo aplicar las investigaciones de Branly a la telegrafía sin hilos.

Lavoisier, verdadero creador de la química moderna, guillotinado en la época del Terror, en 1794.

Mouillard, dibujante y observador naturalista francés, que en su obra *El imperio del aire* determinó las leyes del vuelo de las aves y que fué el primero en construir y hacer volar un aeroplano.

LA CIRUGIA ORTOPEDICA EN NUESTROS HOSPITALES MILITARES

INSTITUTO DE REEDUCACION DE MUTILADOS DE GUERRA



CUANTAS veces en el curso de una conversación, o tras el relato de una maniobra quirúrgica llevada a cabo en la persona de un pariente o conocido no habremos oído, como comentario final y casi con carácter inapelable, esta frase: «Es que la Cirugía ha adelantado mucho». Y si nos fijamos bien en los hechos modernos de la Cirugía, vemos que el adelanto primordial no está en la técnica ni en los medios, en los procedimientos o en los resultados, sino que lo hallamos en el espíritu nuevo que rige el criterio del cirujano.

No lejos están los tiempos en que los cirujanos se contentaban con salvar la vida al enfermo vendiendo a su herida o su mal con amplias y radicales extirpaciones que sacrificaban miembros enteros y aun órganos importantes; el criterio era pues atajar el mal en su carrera destructora, costara lo que costase, con tal de conservar aquella vida condenada a desaparecer antes de tiempo. Estas extirpaciones y estas maniobras mutiladoras, hicieron que esta época se apellidase de la Cirugía mutilante.

Pero, poco a poco, con la ayuda de mejores medios y de la experiencia de sus predecesores, se fué afianzando en la mente de los cirujanos la idea de que la intervención podía retraerse en unos casos sin perjuicio alguno sobre el enfermo, y en otros, por el contrario, adelantarse, evitando así que el mal se extendiera y los obligara entonces a efectuar grandes mutilaciones. El criterio había cambiado; se procuraba a toda costa conservar la parte dañada y comenzaba la era de la «Cirugía conservadora» que tantos y tan grandes beneficios ha reportado a la Humanidad doliente.

Pero el instinto de progreso y de perfección,

que es patrimonio del hombre, ha impulsado a los cirujanos a un más allá. A substituir, a reemplazar, a reponer y a restaurar las partes perdidas o estropeadas y a conseguir con la mayor perfección posible la integridad del individuo, el «restitutio ad integrum» de los clásicos. Y estas restauraciones y estas reposiciones se consiguen de dos maneras. Cuando es posible, con injertos vivos, y así, un hueso sustituye a otro hueso, y donde falta piel, se pone piel nueva, y a un tendón desaparecido reemplaza otro sano. Otras veces, cuando la intensidad o naturaleza especial de la pérdida no consiente tales restauraciones, el hombre, que por ello lo es, se sirve de la Naturaleza para crear mecanismos o artificios con los cuales imita, dentro de los límites de sus facultades, la forma y la función del órgano perdido que, trata de reemplazar.



Quando los famosos doctores alemanes profesor Sauerbruch y Krukemburg visitaron nuestros centros oficiales no lograron asombrarnos con los casos que presentaron y relataban. Nuestro Fastos los había hecho y los había divulgado

Esta es la gran época de la Cirugía restauradora, que consigue los maravillosos resultados que hoy vemos con la ayuda de los injertos y de la ortopedia.

Y ahora, antes de entrar en materia, conviene recordar que estamos asistiendo al nacimiento de una nueva época: la de la Cirugía regeneradora, que no contenta con conservar y res-

taurar al sujeto enfermo, pretende regenerarle en su integridad y devolverle con la salud y el pleno goce de facultades una segunda juventud. Esta cirugía del rejuvenecimiento que está aun en sus albores, a todos nos es simpática, ya que todos por inexorable ley llegaremos a sentir las amarguras de Fausto y como él desearemos un contrato más o menos diabólico que nos devuelva la juventud perdida.

En nuestro país, la cirugía ortopédica y recons-



Taller de carpintería

tructor puede decirse que es tan sólo del dominio de contados especialistas entre los que descuella por la magnitud de su labor, la simpática figura de Dr. Manuel Bastos. Manuel Bastos es el iniciador, el creador, el alma del Instituto de Reeducación de mutilados de guerra que está en el Hospital militar de Carabanchel.

¿No lo conoce el lector?. A unos tres kilómetros de Madrid y a la derecha de la carretera de Leganés, de esa carretera bordeada de casuchas infectas y de fangosos caminos, verdaderos aduanes que son mudos testigos de la incuria criminal de las autoridades municipales y provinciales; a la derecha decía, se alza el magnífico Hospital militar.

Sombrios pabellones sembrados por el jardín, en los que el aire y la luz entran a raudales, son albergue de los soldados enfermos de la guarnición madrileña y de algunos de los heridos y mutilados en la guerra de Africa. Sorprende a todos los visitantes la holgura y amplitud de las salas, que limpias y ordenadas contrastan con el opuesto y clásico aspecto de las salas de cuartel; los soldados, unos en cama y otros en cómodos sillones de mimbre, forman alegres corrillos y charlan en animada conversación.

Verdaderamente aquello no

parece un hospital como los que estamos acostumbrados a ver, ni siquiera *huele a hospital* a ese olor mezcla de yodoformo, ácido fénico, orina y pus que siempre ha impresionado desagradablemente nuestra pituitaria cuando hemos entrado en una sala hospital. Aquí todo el aspecto distinto, a la hora de nuestra visita, las Hermanas de la Caridad sirven la comida, una comida con unas lonchas de jamón a las que, por su respetable volumen y «serrano» aspecto, nos abonaríamos gustosos «per omnia secula».

La sala de heridos y mutilados comunica por cubierto y protegido pasadizo con el pabellón quirúrgico, en el que está el despacho de los cirujanos, el arsenal operatorio, las salas de esterilización y la de operaciones, el *quirófano*. Ocioso, es decir, que todo ello está «a la última», como vulgarmente se dice, y que en amplitud y comodidades compite con cualquier establecimiento de esta índole; pero queremos sentirnos críticos por un momento al hablar de la sala de operaciones. Sin duda, el arquitecto constructor pensó en dotar a la sala de operaciones de una capacidad de aire que permitiera trabajar largas horas en ella,



Taller de encuadernación regentado por un soldado que tiene una fractura de muñeca con anquilosis de la articulación

sin que la atmósfera se viciase con los vapores de éter y cloroformo y con el vaho acuoso de los autoclaves y hervidores. Sin embargo, tan loable propósito llevado a la práctica se tradujo en construir, no un cómodo quirófano sino un magnífico invernadero imposible de calentarlo en invierno; menos mal que al llegar la época en que el sol aprieta, se convierte en excelente estufa de cultivos que hace brotar manantiales de sudor que resbalan solemnes por el dorso de la espléndida nariz de Bastos, amén de ser en todas las estaciones maravilloso criadero de moscas, que son la desesperación de los soldados enfermeros encargados de su feroz exterminio.

Vamos a entrar en la sala. Una hermanita nos enfunda en una blanca blusa (para que no nos manchemos), según dice, aunque en realidad sea ello con objeto de evitar que sembremos la sala con el polvo de nuestras vestiduras.

Al trasponer el umbral y aspirar la primera bocanada, sentimos esa impresión agobiante de las salas de operaciones, ese vaho de cloroformo, alcohol y éter que hace revivir en nuestra me-



Escuela

moria recuerdos de visitas a otras clínicas.

Ya pasó la primera impresión, nos sentimos fuertes de sensibilidad pétrea; ¡qué diablo! somos hombres y a todo nos hacemos.

¿Qué es lo que se vé? Hablando con franqueza, se ve muy poco. Blancas siluetas irreconocibles para el visitante, ya que tan sólo los ojos están al descubierto, se pliegan afanosas sobre una rojiza herida; enfermo no se ve, sino un bulto irregular tendido sobre una mesa y cubierto total-

mente por blancos paños. Sobre la herida contrastan el brillo de los instrumentos níquelados, va y viene la aguja enhebrada, caen al suelo gasas enrojecidas por la sangre empapada y todo ello en medio de un silencio turbado tan sólo de tiempo en tiempo por la voz de Bastos que dice «unas pinzas», «gas», «cuidado que allí sangra», «seda»,

La operación toca a su fin. La hermana de la Caridad encargada de la anestesia abandona ya el frasco del éter, la cabeza del enfermo tendida sobre la mesa contra la boca con un rictus doloroso del que fluye un hilillo de espumosa saliva; todo nos haría creer en la muerte si no nos deshechara tan negra idea la rítmica y tranquila respiración del paciente.



Taller de Ortopedia, dirigido por el profesor Alonso

Ya cosen la piel, cubren la herida de gasas, vendan... se acabó.

Las blancas siluetas se despojan de sus vestiduras y al finalizar este Carnaval quirúrgico, reconocemos a los actores de la escena que acabamos de presenciar.

Saludamos a Bastos, quien con amables frases nos explica la intervención.

Era un soldado con parálisis radial consecutiva a un balazo; antes no podía utilizar su mano, ahora se servirá de ella cual si nada hubiese pasado, gracias a un ingenioso y hábil trasplante de los músculos sanos.

Todo esto nos lo cuenta Bastos con su sencillez característica, interrumpiendo su relato con unos «nada» que parecen indicar que aquello puede hacerlo el primero que se decida. Nada...

Cruzando el jardín llegamos al Instituto de Reeducación. Al entrar, los mutilados que allí aprenden a utilizar sus nuevos brazos y sus nuevos dedos, se levantan y saludan a Bastos; no con el respeto al superior, sino con cariño, con agradecimiento, con verdadera veneración al hombre bueno y sabio que ha realizado el «milagro» de dar nueva vida a los

miembros que la perdieron y que los educa (además de reeducarlos) con paternal cariño. Y digo que educa además de reeducar, porque soldados que entraron sin brazo derecho, sin oficio y analfabetos, salen con brazo, con profesión y sabiendo

escribir con los dedos artificiales. ¿Elogiar esto? Ello no requiere elogio ya que ante la fuerza admirable de los hechos las palabras se cortan en los labios. Recorremos varias salas. Unos tornear, otros encuadernan, aquellos pintan, estos tallan; y a todos dirige Bastos palabras de aliento sosteniendo en ellos la constancia necesaria para llegar a acostumbrar al trabajo a aquellos músculos que olvidaron contraerse, a los que en virtud de una operación tienen encomendado un movimiento nuevo, a los que han de dar vida a las palanquitas y cadenas que moverán una mano de madera...

Pero iremos despacio. Es tan grande y tan interesante esta obra, que hemos de describir en posteriores artículos algunos de los milagros que allí se reali-

zan, hablando al propio tiempo de las competentes y trabajadoras personalidades que con Bastos compiten en esta Humanitaria labor; el simpático y culto Perico Torres, el ortopédico Alonso, el masajista González Cogolludo, el inteligente Cecilio y la bella y simpática señora de D. Manuel Bastos, que por su gracia y bondad es ídolo de los heridos, y que como anónima

cooperadora de la ruda labor levanta el ánimo en esos desesperantes días en los que parece que todo se conjura contra los cirujanos.

Lo que allí se ha hecho y lo que se hace, en otro artículo hablaremos de ello a nuestros lectores.



Capitán médico, D. Pedro Torres Herbás

FRASES CELEBRES

La elocuencia en los combates es lacónica; una frase electriza a la tropa si es pronunciada en momento oportuno. Muchas frases se han hecho célebres. Recordemos algunas.

Nelson, en la mañana de Trafalgar, sólo dijo por señales a su escuadra:

—Inglaterra cuenta con que todos sabrán hoy cumplir con su deber.

Para el carácter inglés, frío, esas palabras valen más que un discurso.

El general Friant, que bajo el primer Imperio era el tipo del valor, tenía un modo especialísimo de electrizar a sus soldados.

Un día que los más aguerridos demostraban cierta vacilación, les gritó:

—¿Qué es eso? ¿Por seis miserables sueldos que

ganáis por día teméis a la muerte? ¡Miradme a mí! ¡Tengo 50.000 libras de renta y no siento miedo! ¡Vamos, levantad la cabeza para que os vea los bigotes!

Bonaparte, en Marengo, arengó a sus soldados diciendo:

—¡Basta de retroceder! Ha llegado el momento de triunfar. Recordad que acostumbro a dormir en el campo de batalla.

En la batalla de Chiari, un oficial se atrevió a decir al mariscal Catinat:

—¡Pero, mariscal, nos conducís a la muerte!

—¡Es verdad!—dijo el mariscal—. La muerte esta delante; pero la vergüenza queda atrás. Y ganó la batalla.



VIEJOS CASTILLOS DE ESPAÑA



Soberbio y majestuoso, imponente, y severo, macizo y colosal, glorioso aun en medio de su ruina, yergue el castillo de la Mota sus formidables muros de ladrillo, sus torres, redondas unas y cuadradas otras, con almenaje destrozado, su doble cuerpo de aparente robustez, y su altísima torre albarsana del homenaje, que tiene como puntos culminantes los arranques

tas ocho torrecillas, las ocho puntas de una corona.

Este es el castillo de la Mota, la mansión predilecta de Isabel la Católica y la joya de Medina del Campo, hercúleo heraldo de la importancia y pasada opulencia de esta población, la villa de las cuatro antiguas ferias anuales de renombre europeo, corazón y centro de Castilla, cuyo independiente

Este es el castillo de la Mota, la mansión predilecta de Isabel la Católica y la joya de Medina del Campo, hercúleo heraldo de la importancia y pasada opulencia de esta población, la villa de las cuatro antiguas ferias anuales de renombre europeo, corazón y centro de Castilla, cuyo independiente



El testamento de Isabel la Católica.—Cuadro de Rosales.

de su cuerpo superior, ya derruido, Cuatro recintos forman el conjunto de esta fortaleza, que se eleva sobre una colina, al oriente de Medina del Campo, camino del cementerio de esta población, Consérvanse gigantescos vestigios de la barbacana exterior; el macizo muro que sostiene el castillo propiamente dicho, muestra almenados cubos y aspilleras para la arcabucería; y la torre del homenaje orlada toda de modillones y flanqueada por dos garitas en cada uno de sus cuatro lienzos, parece que ostenta, con es

carácter se revela en aquella divisa «ni al rey oficio, ni al Papa beneficio», que orla su blasón.

Sobre el arco que, dividiendo el primer recinto del segundo, antes sostenía el puente levadizo, se ven las armas de los Reyes Católicos y su emblema del yugo, y el haz de saetas sobre la cifra 1482 en números romanos, lo cual indica la época de la última restauración de la fortaleza; algo más antiguo es su origen: según el Sr. Ortega y Rubio, este castillo fué construido por Fernan-

do de Carreño, llamado en las crónicas el obrero mayor, en el año 1440, reinando D. Juan II; pero no falta quien le asigna más remota antigüedad, apoyándose en una tradición que dice que este castillo fué construido por un rico labrador de Medina, llamado Andrés Vaca, a principio del siglo XII.

Dice la leyenda que habitaba en la villa un labrador riquísimo, que por su trabajo agrícola había conseguido gran renombre. Tenía numerosas yuntas, toda clase de aperos, anchas tierras de labradío y muchos criados y labradores. Su bondad también era mucha y su patriotismo por todos era reconocido y no era el rey quien menos le estimaba, pues en diferentes ocasiones acudió al rico labrador para que le hiciera empréstitos para las guerras. Se llamaba Andrés Vaca y dicese que era de marcial continente.

Pero como la felicidad, doquiera en donde florezca, pronto se ve rodeada de los zarzales de la envidia, Andrés Vaca, a medida que su renombre y su hacienda crecían, fué motivando la envidia en ruines almas de muchos de sus convecinos. Y poco a poco la maledicencia fué creciendo, el run-run adquirió proporciones de oleaje, se acusaba al rico labrador de monedero falso. Y la maledicencia llegó hasta el rey Alonso XI, que al enterarse se mostró sorprendido en extremo y se resistió a dar crédito a la acusación. No obstante, tuvo que acoger a quienes le acusaban, entre los que figuraban algunos personajes cortesanos y decidió aclarar lo que de ello hubiera de cierto.

Andrés Vaca, el rico labrador, se presentó ante el rey, llamado por éste, que le preguntó:

—Hanme dicho que haces moneda, y que por eso eres tan rico y que puedes apalear la plata.

—Verdad dicen, señor,—respondió humildemente el labrador.

—¿No sabes que eso está condenado, pues constituye un delito?

—Sí, majestad.

—La verdad es—dijo el rey, luchando entre lo que oía y el aprecio que tenía a su súbdito,— que me resisto a creer lo que dices de tí.

—Si mi rey quiere convencerse por sí mismo y ver como hago moneda, puede ir mañana a mi casa, aunque mi morada no es digna de tan regia visita.

Y así ocurrió, el rey Alonso IX fué al día siguiente a la casa del labrador y éste le en-

señó sus feraces campos, sus yuntas y sus labradores. Todo allí respiraba trabajo. Una vida noble y pura parecía entrar por los poros. El rey contempló absorto, el panorama de fecundidad y de trabajo que se representaba ante su vista y luego preguntó a su súbdito:

—Y dime ahora, Andrés.—¿Dónde está la moneda y cómo la haces?

—Señor—dijo el labrador señalando hacia el campo con el brazo extendido—ahí, en esos surcos, surge la moneda.

El rey dió a besar su mano al labrador y le dijo conmovido:

—Es muy cierto. Y de aquí en adelante, puedes hacer cuanta moneda quieras y ¡guay! de quien se atreva a difamarte.

Para conmemorar aquel episodio dignificar la casa en que el rey visitó al labrador, éste la derribó y, previo consentimiento real, levantó en su lugar el castillo de la Mota.

A una elevación de cuatro o cinco metros sobre el foso, se unía a la contra-escarpa el puente levadizo, salvándolos doce metros de anchura del foso; y, pasado el puente, penetrábase en el alcázar por un altísimo arco que se cerraba con doble rastrillo; desapareció ya el puente que a mesnadas guerreras o a regias y pomposas comitivas en otros tiempos dió paso; hoy se penetra en el derruido monumento por un agujero abierto al pie de unos de los cubos de la muralla; acaso os acompañe y os sirva de guía por los corredores subterráneos que circuyen la fortaleza, o por las desmoronadas habitaciones del alcázar (algunas de las cuales conserva, con el nombre de «tocador de la reina», su bóveda de lacería); acaso os guíe, repito, un hombre de rostro cetrino, pañuelo a la cabeza y traza gitanesca, y acaso, al fijaros en su aspecto, y en los paredones de ladrillos que se agrietan, y en las almenas que caen, y en las aves de presa que en las hendiduras de las ruinas sus nidos construyen, y en las bóvedas que se quiebran y desploman, y en las zarzas de púas gancho-sas que obstruyen o dificultan vuestro paso, hayáis de esforzar bastante la fantasía para reconstruir las escenas de que este castillo en sus buenos tiempos fué espléndido teatro, cuando tenía saraos y luminarias para celebrar los triunfos de España en ambos hemisferios, cuando eran sus aposentos torneos de damas y galanes o asamblea de magnates, y sus patrios de armas brillantes y animados palanques, y cuando el sol, al reflejar su postrer rayo en el pendón mora-

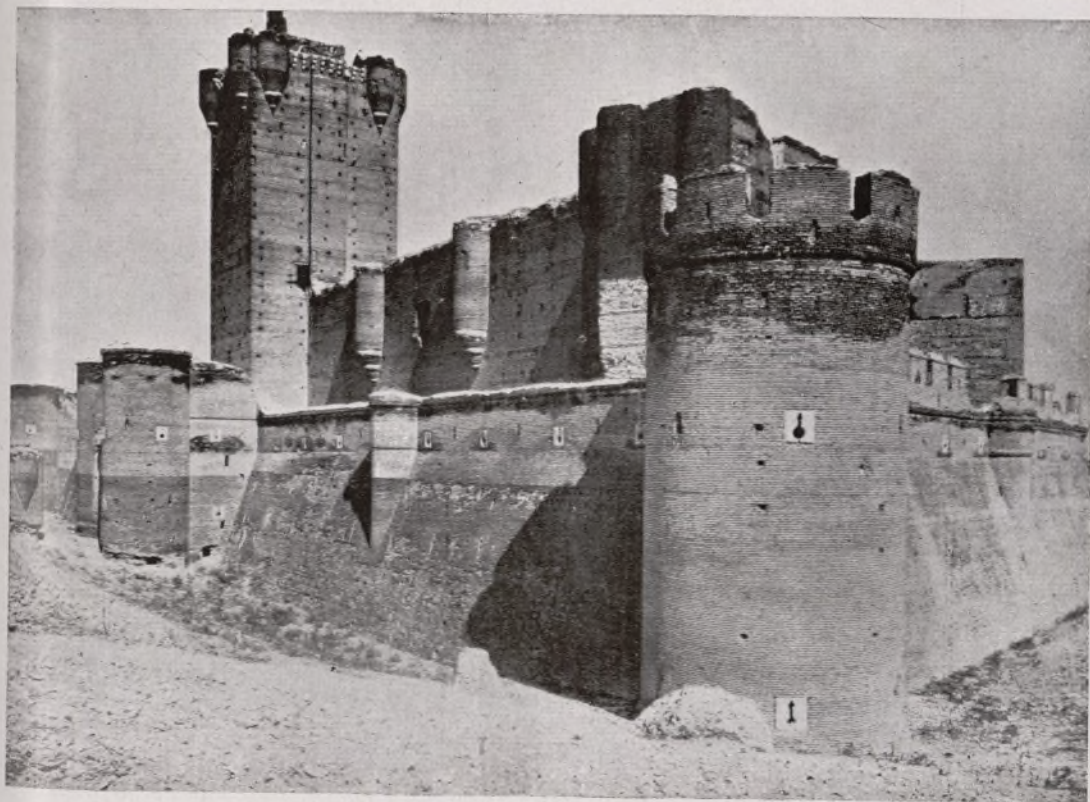
do que coronaba triunfador la torre del homenaje, enviaba también su primer destello a aquellas lejanas tierras donde Colón acababa de enarbolar el mismo estandarte glorioso.

El estrépito guerrero resonó en el castillo de la Mota cuando la guerra de los nobles contra D. Alvaro de Luna y cuando la rebelión del arzobispo de Toledo contra Enrique IV, aquel momarca débil e infamado, que sólo se mostró celoso de su querida Catalina de Sandobal; castigando con el suplicio a Alonso de Córdoba, que se atre-

los Reyes Católicos, futura reina de las Españas.

No era, no, doña Juana tan loca como se la ha supuesto; no eran, no, sus celos infundados; su esposo olvidábala torpemente en Flandes, mientras ella en la Mota pasaba los días y las noches con la mirada fija en la tierra, en perenne silencio, que sólo interrumpían expresiones de irritación y de amargura.

En tal estado, un día anunció a su madre la reina que quería irse a Flandes para reunirse con su esposo. Hízola ver doña Isabel lo desatentado de tal proyecto; todo fué en vano. Al caer de una fría tarde de Noviem-



Vista general del Castillo de Mota.

vió a enamorarla. Izó el castillo de la Mota la bandera de la rebelión a nombre del arzobispo de Toledo; luego pasó a Fonseca, prelado de Sevilla; cercáronle después los medineses, llamando en su auxilio al temible alcaide de Castronuño; pero el castillo fué tomado por el duque de Alba, quien lo entregó en 1475 a los Reyes Católicos.

Dramáticos recuerdos conservan los viejos muros de este castillo.

En él vivió, retraída de todo y locamente enamorada de su marido Felipe el Hermoso, aquella desventurada doña Juana, hija de

bre, aprovechando la ausencia de doña Isabel, que se hallaba en Segovia, se dirigió doña Juana, triste y sola, a la puerta del castillo, decidida a emprender su viaje. Avisado a tiempo por la vigilante servidumbre el jefe del cuarto de la princesa, que era el arzobispo de Burgos, acude y la detiene cuando iba a cruzar el puente levadizo. Pero la princesa se niega a volver a sus aposentos; el arzobispo manda levantar el puente y cerrar todas las puertas exteriores; ella se recoge en el recinto abovedado que servía de cuerpo de guardia, y allí permaneció la

infeliz dos días y dos noches, en aquel desnudo y desmantelado albergue, pegada a la muralla, sin abrigo, esperando que se bajara el puente y rechazando todo alimento. Así la encontró la reina doña Isabel, quien sólo consiguió que se volviera a sus habitaciones mediante la promesa de que daría las órdenes oportunas para preparar su deseado viaje.

En el castillo de la Mota estuvieron prisioneros ilustres personajes como D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo; Hernando de Pizarro, el burlador de damas; Enrique de Toledo, marqués de Coria; D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias; y en tiempo de los Reyes Católicos allí estuvo preso César Borgia, aquel famoso César Borgia, duque de Valentinois, hijo del que fué Papa Alejandro VI; prisión que obedeció, según se cree, a deseos e instrucciones de Julio II.

Cierta noche del 1506, después de dos años de cautiverio, César Borgia, que había tramado su evasión, esperaba desde la altísima ventana de la torre del homenaje la señal convenida.

Era la oscuridad completa; la vecina campana de la iglesia de San Salvador dió las doce: esta era la señal, César Borgia, desde su encumbrada ventana, deslizó un cordón de seda, al que ataron una escala de cuerda tres ballesteros que estaban en el adarve junto con el centinela del torreón vecino, que entraba en el complot. César sujetó la escala y comenzó a bajar por ella; descenso terrible y peligroso sobre un abismo insondable!

De repente sonó la voz de alarma; había-se advertido su fuga; el alcaide, Gabriel Tapia, corrió a la ventana, cortó con su daga las cuerdas de la escala, y abrazado a ella César Borgia rodó al abismo.

Pero escapó de aquel percance sólo con algunas contusiones, y ayudado por los ba-

llesteros pasó el foso con el agua al pecho; pudo ganar el último recinto, donde le esperaba con los caballos la escolta de sus amigos, y burlando la persecución se pusieron todos en salvo. Poco después, aquel «hombre de hierro» moría miserablemente en Mendavia, de donde le llevaron a Viana para darle sepultura.

Todos estos recuerdos quedan eclipsados por la grandeza y la importancia de otro, pues en el castillo de la Mota se cree que dictó su testamento y entregó su alma a Dios doña Isabel la Católica, la reina más excelsa y magnífica que ha ceñido corona y empuñado cetro.

La pérdida o ausencia de sus hijos, la demencia de su heredera doña Juana y los disgustos que la dió su yerno, lacerando su noble y maternal corazón, quebrantaron gravemente su salud; enferma doña Isabel en Medina del Campo, las Españas llenáronse de zozobra e inquietud presintiendo el próximo fin de la fundadora de nuestra unidad nacional. En 12 de octubre de 1504 otorgó la reina Católica su testamento, documento en que se revelan las más altas virtudes y los más tiernos sentimientos, dictando, entre otras disposiciones, que se pusiera toda diligencia para que los naturales y moradores de las Indias y Tierra Firme, ganadas y por ganar, no recibiesen agravio alguno en sus personas y bienes, y si algún agravio hubiesen ya recibido, que se remediase y proveyese. El miércoles 26 de noviembre del mismo año voló a la eternidad aquella gloriosa soberana de dos mundos.

La colosal Monarquía que ella y su esposo fundaron, fué después, primero poco a poco y luego rápidamente, cayendo y desmoronándose, y al par con ella se arruinó y desmoronó el castillo de la Mota, cuyos ecos repiten todavía los agonizantes suspiros de la protectora de Colón y de la conquistadora de Granada.



LAS GRANDES BATALLAS EL MARNE

El día 13 del actual mes de Septiembre se ha cumplido el décimo aniversario de la gran batalla reñida en el Marne, donde los ejércitos aliados consiguieron, luego de varios días de tenaces combates, batir a las fuerzas centrales. En esta batalla radica la clave de la victoria de la gran guerra. Franceses, ingleses y belgas se emplearon a fondo y las tropas alemanas tuvieron que retroceder en su marcha hacia París. Ya la capital de Francia, la bella y luminosa ciudad de París, estaba seriamente amenazada. La sombra de la guerra franco-prusiana revoloteaba sobre la capital y el pesimismo ganaba terreno entre el ánimo francés. En torno de París se había dispuesto el campo atrincherado, como último reducto de defensa; si fracasaba, todo iba a desmoronarse. El instante terrible, ese instante en que el pueblo francés echó al aire la moneda de la suerte para ver si le caía de cara o cruz, marca el momento decisivo de la gran guerra. Allí se decidió la victoria. Si el ejército alemán hubiera roto el frente francés y hubiera caído como una tromba sobre París, no hay duda que otro muy distinto resultado hubiera sido el de la guerra.

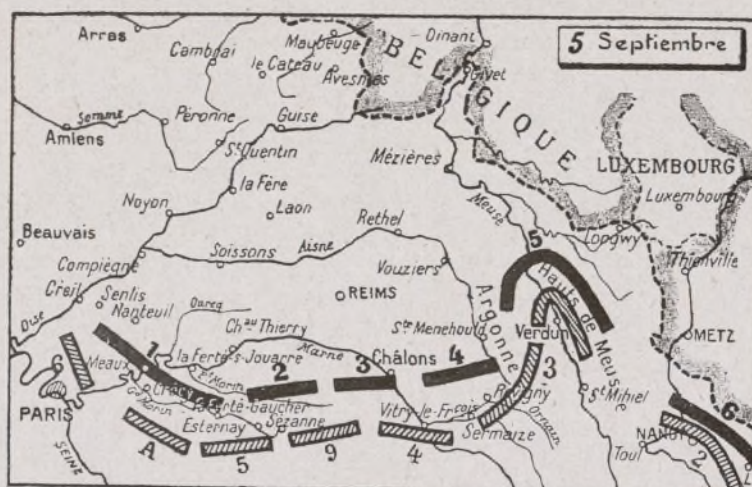
La batalla del Marne puede considerarse entre las fechas del 5 al 13 de Septiembre. Todos los combatientes se dieron cuenta del importante momento, de que estaban ante la batalla decisiva de la guerra, y el ardor con que se peleó no conoció límites. Todos cooperaron con ardido entusiasmo, igual valentía pusieron a contribución ambos bandos, el triunfo pudo haber sido de unos igual que de los otros, esos factores de casualidad, más que nada, son los que suelen decidir las grandes batallas. En los primeros

días, desde el 5 al 10 llevaron ventaja las tropas alemanas, después, al flaquear el cuerpo de ejército de von Klück, el laurel de la victoria coronó las armas aliadas.

De la importancia decisiva de esta batalla, da idea la febril nerviosidad que arrebató a todos; se deseaba y se temía el momento. El día 6 publicó el comandante General francés una orden del día, en la que puede apreciarse su anhelo por inflamar el espíritu de las tropas. Decía textualmente así: «En los momentos en que se libra una batalla de la cual depende la salvación de la Patria, importa recordar a todos que ya no debe mirarse hacia atrás. Los esfuerzos unánimes deben dirigirse a atacar y rechazar al enemigo. Aquella tropa que no pueda avanzar ya, deberá conservar el terreno conquistado, cueste lo que cueste, y hacerse matar en el sitio antes que retroceder. En



Ataque de la caballería francesa a una posición alemana, en la batalla del Marne.



Posiciones de los ejércitos los días 5 y 9 Septiembre

- 1 1.º ejército (general Dubail).
- 2 2.º " (general de Castelnau).
- 3 3.º " (general Sarraill).
- 4 4.º " (general de Langle de Cary).
- 5 5.º " (general Franchet d'Espèrey).
- 6 6.º " (general Maunoury).
- 9 9.º " (general Foch).

A Ejército inglés (mariscal French).

- 1 1.º ejército (general Von Kluck).
- 2 2.º " (general Von Bülow).
- 3 3.º " (general Von Einem).
- 4 4.º " (Duque de Wurtemberg).
- 5 5.º " (Kronprinz de Prusia).
- 6 6.º " (Kronprinz de Baviera).
- 7 7.º " (general Von Heeringen).

La prosecución de la ofensiva después de la batalla del Marne.

Posiciones de los ejércitos el 13 de Septiembre

- 2 2.º ejército (general de Castelnau).
- 3 3.º " (general Sarraill).
- 4 4.º " (general de Langle de Cary).
- 5 5.º " (general Franchet d'Espèrey).
- 6 6.º " (general Maunoury).
- 9 9.º " (general Foch).

A Ejército inglés (mariscal French).

- 1 1.º ejército (general Von Kluck).
- 2 2.º " (general Von Bülow).
- 3 3.º " (general Von Einem).
- 4 4.º " (Duque de Wurtemberg).
- 5 5.º " (Kronprinz de Prusia).
- 6 6.º " (Kronprinz de Baviera).



La línea rayada indica los ejércitos franco-ingleses y la negra los alemanes. Croquis de la situación de los ejércitos en la batalla del Marne.

las actuales circunstancias no puede tolerarse mira particular, Verdún. ninguna vacilación.—Joffre».

La orden del General en jefe se cumplió con vo-

Conforme a las órdenes del General Joffre, las tropas del General Maunoury se situaron abier-

tamente a la vanguardia y se pusieron en contacto con las tropas del 4.º ejército alemán y avanzaron por la izquierda contra las posiciones alemanas situadas a la derecha de Acy-en-mul-tien. El 6 inició un combate a fondo, teniendo por objetivo principal Manteuille-Handonin, donde podía tomar, atacando por la retaguardia, la línea de combate de ejército de von Klück, que se halla batiendo con las tropas inglesas. Fué sobre ese estrecho terreno, comprendido entre la ribera derecha del Ourcq y Mauteuil, donde durante cuatro días se jugó la partida decisiva de la gran batalla.

El general alemán, sorprendido por el ataque francés, que no esperaba, con suma habilidad de estrategia supo hacer frente al peligro, enmendando una situación comprometida y poniendo, a su vez, en peligro al enemigo. ¿Qué ocultas razones motivaron que en la noche del 9 al 10 las tropas alemanas, hasta la víspera victoriosas, desfallecieran y flaquearan?

El día 10, el ejército inglés, que había forzado el Marne el día anterior, logró penetrar en la brecha abierta entre las tropas de von Klück y von Bülow. Y simultáneamente el 5.º ejército francés, a las órdenes de Franchet d'Esperey, atravesó el Marne por Chateau-Tierry y ante su empuje se tuvo que batir en retirada el cuerpo de ejército mandado por von Bülow.

Mientras esto ocurría, el día 10, en los pantanos de Saint-Gond, el 9.º ejército, mandado por Foch, derrotaba a la Guardia Imperial y proseguía el avance, empujando a las tropas alemanas, hasta que el 12 entraron en Chalons-sur-Marne.

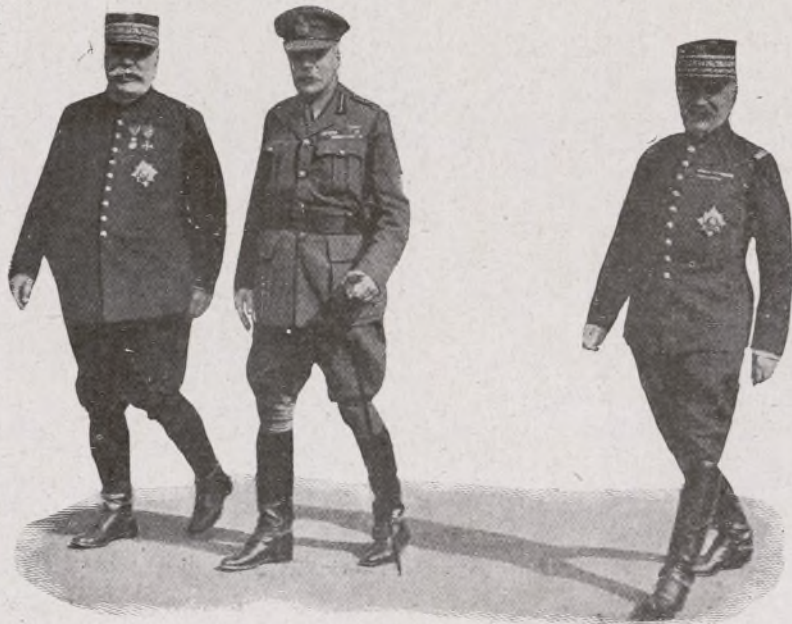
El 3.º ejército, al mando de Sarril, se encontraba, por el contrario, en situación difícil. Apoyando su derecha en Verdún habría evolucionado y hecho frente por el Noroeste, con su izquierda en el Ornain, rumbo a Revigny. El ejército del Kronprinz, tuvo, así, que desviar su derrotero al salir del Argonne y del Norte - Sur torció hacia S. E. y el E. Mientras el Duque Wurtemberg hacía frente a las tropas de Langlé, el Kronprinz intentó hacer pasar su ala derecha entre el 4.º y el 3.º ejército de Revig-

ny, en tanto que algunos cuerpos destacados de los ejércitos de Lorena atacaban a Verdún y a Saint-Mihiel por la retaguardia del 3.º ejército. Este resistió el ataque con gran energía hasta el día 13 en que al recibir el Kronprinz la noticia de la retirada de los cuerpos de ejército alemanes, se replegó sobre el Argonne.

También las tropas belgas ejercieron brillante influencia en la batalla del Marne. Tocaba a los belgas detener el avance alemán y atraerlo en masa sobre sus pasos, el 9 de Septiembre el ejército de Amberes hizo una segunda salida. En un principio caminó con muy buena suerte y hubo un momento en que se creyó rescatar Bruselas; pero el 13 tuvieron que retroceder ante la superioridad numérica del enemigo. Su objetivo táctico estaba, sin embargo, logrado: había entretenido a tres divisiones del ejército alemán que marchaban contra Francia y con ello debilitó el frente que peleaba desesperadamente en la ribera del Marne.

La victoria hallada en esta gran batalla de ocho días, dió nuevos bríos a las tropas y constituyó, de modo indudable, la clave del resultado final de la formidable contienda. El águila imperial, ante las viejas murallas de Verdún y en las márgenes del Marne, detuvo su vuelo y sintió el frío del crepúsculo de su gloria.

Cuando ya pasada la tragedia que se encendió en Sarajevo, se hojea la gigantesca guerra, un nombre salta sobre todos los demás, el de la *Batalla formidable del Marne*.



El Generalísimo Joffre, Sir Douglas Haig y el General Foch.

El soldado español y la casa de España en Puerto Rico

Siempre, y a través de las edades, el soldado español se ha distinguido por su valentía, rayana en el heroísmo y por su buena cualidad de ajustarse a todas las necesidades.

Con soldados como los nuestros, Napoleón hubiera conquistado el mundo, el vuelo imperial del genio de la guerra no hubiera encontrado fuerza capaz de detenerlo.

El soldado español se entusiasma inmediatamente, no es su temple inalterable, como el de otras tropas que por la condición de raya, permanecen siempre impasibles, fríos, y se mueven en el combate con cierta regularidad mecánica. Los ataques a la bayoneta, los cuerpo a cuerpo, han constituido la gloria más preciada de nuestro ejército. Aún ahora, y peleando contra enemigos mucho más fuertes de constitución física, nuestros soldados han revelado el ardor español, la clásica «furia española», peleando en las desoladas tierras marroquíes contra los feroces rifeños.

Los moros temen al soldado español, cuando éste cala la bayoneta a el fusil y arremete con vigoroso empuje. ¡Cuántas operaciones han sido ganadas así! El cuerpo a cuerpo ha sido el coeficiente de la característica de nuestro soldado. Cerca de nosotros está aún, la famosa carga de Tardix.

El soldado español, además de su valentía, reúne esa admirable condición de ajustarse a todas las ocasiones, ni la fatiga de la marcha, ni la escasez de alimentos, ni la incomodidad de dormir al aire libre, nada le turba y le conduce. Mientras

otras tropas flaquean ante esas duras pruebas de las campañas, el soldado español canta, y la jota, entre el runrún de las guitarras, florece firme como el símbolo de una voluntad de acero.

¿Y qué se diría de aquéllos bravos, incomparables soldados de nuestros tercios? ¿Aquéllos soldados victoriosos en los países bajos, que hacían de la guerra casi un «sport», que se alistaban en las banderas de los Tercios llevados por un romántico afán de aventuras? ¿Y los conquistadores que con Hernán Cortés incendiaron los barcos, para no tener otra salida que la pelea y suprimirse el retroceso con un gesto bravo?

¡Soldados españoles! Héroe de romance, soñadores, aventureros, cachorros de león, que un día fueron capaces de hacer prisionero al sol, para que alumbrara constantemente nuestros dominios.

• • •

Recientemente ha sido tributado con un sentido homenaje cuya significación es tanto mayor, cuanto que el acto se celebró fuera de España. En Yauco (Puerto Rico) ha sido inaugurado un monumento al soldado español, erigido sobre la tumba de una de las víctimas de la acción del 26 de Julio de 1898.

Dicha tumba se halla situada al pie de la loma llamada del Muerto, en las proximidades de Yauco y desde la lejana fecha en que se construyó para guardar los restos del héroe anónimo, constituía un lugar de noble sentimiento, que era visitadísimo por cuantos españoles residen en aquella isla. Lávita a la Loma del Muer-



to es considerada como un homenaje a España. Frecuentemente se llevan coronas que los españoles depositan en la tumba con rito casi sagrado. ¡Qué inefable sentimiento estremece las almas de los españoles que se arrodillan ante tal sepulcro!...

Un día el súbdito americano Mr. Milner se dirigió a la Loma del Muerto, acompañado de su esposa—hija de un capitán español—y de un grupo de personalidades de Decoración Day. La banda de la Guardia Nacional fué también al mencionado lugar, y rompió a tocar la Marcha Real y luego el himno de Washington, mientras que la esposa de Mr. Milner depositó en la tumba una corona de flores. Al propio tiempo se izó, en un asta preparada al efecto, la bandera española.

Este sencillo y conmovedor homenaje repercutió en la Casa de España, que pocos días después concibió la idea de elevar un mausoleo. Rápidamente se recaudaron las cantidades precisas. El más activo propugrador de la idea fué D. Elpidio de Mier, conocido publicista español, a cuya iniciativa se constituyó una comisión presidida por Mr. Milner, en la que actuaban de secretario y tesorero, respectivamente, los señores Díaz (D. Joaquín) y Ramos (D. Eulogio).

A principios del verano actual quedó la obra terminada y se fijó el día de la inauguración, constituyendo un acontecimiento solemne. De la brillantez del homenaje rendido al soldado español, da cuenta un periódico en la forma siguiente:

«Desde la plaza de Colón, de Yauco, hasta la Loma del

Muerto se hallaba la carretera totalmente invadida de excursionistas. La comitiva oficial estaba formada por la Guardia Nacional, con la banda de «Holy Name», niños de las escuelas públicas, autoridades y comisiones de la colonia española y de otras entidades.

A las tres de la tarde llegaba la comitiva al lugar del homenaje. Las banderas de España y Norteamérica lo cubrían, y a los acordes de la Marcha Real fueron izadas en sus astas, mientras el público vitoreaba a ambas naciones.

Hablaron los señores Ramos, Vidaívi Pacheco (delegado del Gobierno), Franquiz, Arbona, Busquet, Coll y Cuchi y Milner. El señor Mier hizo un resumen en términos exaltados, recordando los vínculos que unen a España con los países hispanoamericanos y la odisea de los descubridores del continente. Terminó con un canto al

soldado español, que fué acogido con ovaciones y vítores».

También se puso una lápida con una sentidísima inscripción, que dice así: «La Casa de España al heroico soldado español desconocido (1898-1923)».

Al soldado desconocido, mejor dicho al héroe ignorado, que en un momento supremo supo calladamente, obscuramente, ofrendar su vida en holocausto de la Patria, sin que la heroica acción brillase en el marco de la popularidad, porque al efectuarse la hazaña no se encontrase al héroe que la llevó a cabo.

Tal, pues, es el homenaje que en Puerto Rico se ha rendido al soldado español y con él, a la gente militar de nuestra Patria.



EN LA CORTE DE UN RADJAH JAVANES

Java, perla del imperio colonial holandés, es una de las regiones más pintorescas del mundo, desde cualquier punto de vista que se considere.

Expondremos a grandes rasgos el sistema de gobierno imaginado por la metrópoli para administrar y explotar sus colonias asiáticas, de una población total de 48 millones de habitantes y que comprenden, además de Java, la gran isla de Sumatra, una parte de Borneo y de Nueva Guinea y otras islas.

Desde el punto de vista político, están divididos los territorios en dos categorías: los que están directamente administrados por los agentes coloniales y los que conservan, bajo sus príncipes indígenas, una cierta autonomía.

El poder supremo está ejercido por un gobernador general nombrado por la reina de Holanda; asistido por un consejo de cinco miembros, igualmente designados por ella y que no son más que simples funcionarios.

Este gobernador general tiene el poder de un rey absoluto. Dicta las leyes sin consultar con los 48 millones de súbditos a quienes gobierna.

Java está dividido en diez y siete provincias, gobernadas por otros tantos residentes que se hacen ayudar o representar por otros asistentes o funcionarios.

La población está dividida en dos categorías: los europeos y las personas que les son asimiladas; los indígenas y los asiáticos inmigrados que no han merecido ser clasificados en la primera categoría.

De una manera general, los primeros acatan las leyes en uso de la metrópoli y son regidos por

el código holandés, mientras que los segundos tienen los usos y costumbres indígenas, que varían según las provincias.

En el último censo (1917), los europeos se contaban en número de 138.875. Los holandeses inmigrados o nacidos en la colonia, formaban las cuatro quintas partes de esta cifra.

El número de los extranjeros asiáticos se elevaba 832.667, de los cuales 600.000 eran chinos y 30.000 árabes.

Java es, como se sabe, una de las regiones más volcánicas del mundo. Tiene unos cuarenta volcanes, con altitudes de 2.000 a 2.426 metros y con

erupciones periódicas.

Las cenizas volcánicas constituyen un abono químico de una excepcional riqueza. El suelo de la isla está tan abundantemente impregnado de este abono, que no hay otro país en el mundo que tenga tierra tan fértil.

Acerca del trato a los extranjeros y de su acogimiento en las islas,

escribe el viajero americano G. Briant, que acaba de recorrer estas islas soberbias, fuentes de riqueza para Holanda:

«Llegados a Batavia, nos presentamos al jefe de policía para solicitar permiso para recorrer la isla. Fuimos requeridos para decir nuestros nombres, cualidades y edad y el objeto de nuestro viaje, antes de obtener nuestros pasaportes, que teníamos que presentar a todos los agentes que encontrábamos.

Después tuvimos frecuentemente la prueba de que nuestros movimientos estaban vigilados por las autoridades».

El calor en Java, por estar cerca del Ecuador,



Curiosa fotografía de una gran dama de la real familia en traje de Corte. Nótese su curiosa cabellera, formada con plumas y la barra de plata con discos del mismo metal unida a su nuca.



Este sultán javanés, lleva el curioso título de Soesoehoenan. El gobierno holandés le ha dejado la semblanza de un reinado de medio millón de súbditos. Esta fotografía fué tomada el día de su boda.

es terrible. Los europeos se esfuerzan por evitar los rayos directos del sol. Los trabajadores van al trabajo a las seis de la mañana, aprovechando estas tempranas horas. Entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde, no se encuentra fuera de las casas ninguna persona de raza blanca.

Los europeos no van a Batavia, la capital, más que para sus negocios, por ser esta villa de las más malsanas. Residen entonces en un barrio nuevo, alejado cuatro kilómetros, llamado Welteorenden.

La descripción que hace el viajero Briant, en su viaje a Batavia en un paquebot que le transportó por el interior de la isla a Soeraba, el segundo puerto de Java por su importación, es curiosísima.

Por ferrocarril fué en cinco horas a Soerakarta, capital de uno de los dos grandes reinos javaneses, a los cuales los javaneses han dejado una semblanza de independencia.

El título del monarca es *Soesoehoenan*. Recibe del gobierno una generosa pensión y tiene el derecho de *hacer de rey*, con un medio millón de habitantes.

«Con permiso del residente—dice el viajero Briant—y bajo la tutela de un alto funcionario, pudimos visitar el *Kraton*, vasto cerco de siete kilómetros de murallas en cuyo centro se levanta el palacio real.

Fuimos recibidos por el hermano del monarca. Este digno personaje iba vestido con una especie de blusón de corte europeo y con un *savong*, especie de calzones».

Conducidos por este príncipe, los viajeros visitaron las cuadras reales, la vasta sala del trono, donde el *Soesoehoenan* da sus audiencias, y el

jardín zoológico, donde este monarca ha reunido varias especies de animales indígenas: el tigre, rinocerontes, bueyes salvajes, reptiles, etc.

Les invitó a un *lunch* organizado en la azotea de una torre, desde donde se dominaba una vista magnífica, sobre todo el dominio real.

En la comida figuraron una buena cantidad de bebidas y manjares extravagantes y raros, servidos por innumerables servidores que se prosternaban delante de los huéspedes, como si estuvieran delante de su soberano.

Siguiendo la visita del palacio, comprobaron nuestros viajeros que el *Kraton* era una verdadera villa habitada por más de diez mil personas: dignatarios, cortesanos, soldados y criados.

El siguiente rasgo nos muestra las costumbres originales de esta corte javanesa:

«Una mujer de bastante edad, se destacó de un grupo de cortesanos para venir a estrechar la mano del príncipe. Su vestido descuidado, sus cabellos mal peinados y el enorme cigarro suspendido en sus labios, hacían incomprensible aquella actitud familiar con el hermano del rey.

Nuestro acompañante nos explicó el misterio: esta mujer era la *primera dama de honor de la Corte*».

Fiel a la tradición de los Javaneses, que adoran las fiestas y los espectáculos, el rey los organiza frecuentemente dentro del recinto de su palacio.

El más brillante tuvo lugar el día de su aniversario, en donde dió prueba de una hospitalidad verdaderamente real, como nos enseña la relación que el autor consagra a estas fiestas.

Por cientos se contaban los invitados europeos o javaneses. Estos se revisten, en general, de magníficos trajes de corte, a la antigua moda, adornados de oro y pedrerías.

Otros visten traje de etiqueta moderna. Lo alto del cuerpo lo cubren con *kabaya*, suerte de *smokin* europeo, pero bordado de una manera artística. El traje está completado por el *sarong*, enaguas brillantemente coloreadas, que se rodean alrededor de cada pierna y que se sujetan en la cintura con cintas de seda enrolladas. El calzado le es completamente desconocido.

A esta fiesta acuden los mejores actores y las mejores bailarinas y danzadoras, que hacen gala de su arte antes y después de la cena suntuosa que se sirve a todos los invitados.

Al día siguiente de la recepción, una costumbre rara asombra a los europeos:

«Se me ha afirmado—cuenta G. Briant—que después de estas grandes recepciones reales, una

gran cantidad de objetos de mesa y ornamentación, son ofrecidos en venta en la ciudad.

Estos son los servidores de palacio que, raramente pagados con sueldo, ponen mano sobre todo lo que pueden *atrapar*, a título de compensación.

Se me ha dicho que un holandés llamó la atención, un día, sobre estos hechos a Soesoehoenan, exhortándole a poner en ello remedio, a lo que el monarca le respondió jocosamente: «si mi pueblo no comenzara por mí, ¿a qué otro podrían robar?»

Briant tuvo ocasión de visitar la capital del segundo rey javanés. Su título es Sultán de Djokjakarta. La villa, que lleva este nombre, fué el supremo baluarte de los defensores de la independencia de Java.

Fué tomada esta ciudad, después de un largo sitio, en 1825 y su caída terminó la conquista definitiva y completa de la gran isla.

El sultán actual no es, según la expresión del autor, más que un *puppet King*, un *muñeco* real, a quien los holandeses dejan la ilusión de que todavía ocupa el trono de sus antepasados.

Tiene facultad para entretener una pequeña guarnición militar de parada, cuyos uniformes son casi carnavalescos. Sus cascos o roses tienen la forma de un bonete de clown. Llevan calzones de terciopelo, a lo Luis XV, que, con una túnica de paño, medias y guantes blancos y unas chinelas, completan el uniforme.



Uno de los guardias del Corp del Sultán, a quien los holandeses permiten entretener un pequeño ejército de *parada*, a condición que no tenga fusiles modernos. Por la fotografía se nota que en la cintura lleva armas primitivas.

Java es famosa por sus templos búdicos, casi en ruinas, desde la conversión del país al aislamiento. Estos espléndidos edificios son una prueba del alto grado de civilización de este pueblo antes de la introducción de sus modernos hábitos religiosos.

El más célebre de estos templos es el de Brambanam, que data del siglo ix. Por su extensión y por el número de sus edificios es toda una villa.

Se conservan todavía muchas esculturas en buen estado de conservación. Los turistas admiran, sobre todo, a un gupo de tres diosas, llamadas familiarmente «las tres Gracias» y que puede ser considerado como la mejor joya del arte javanés.

TIJERETAZOS

Cicerón decía: «No hay absurdo que no haya sido sostenido por algún filósofo».

Al preguntarle a Esopo cómo podía ser tan honrado, contestó: «Haciendo lo contrario de lo que hacen los demás.»

Alejandro de París, poeta que vivió a fines del siglo vii, fué el primero que compuso versos franceses de doce sílabas. En tal metro hizo el poema de Alejandro el Grande, y de eso ha venido el nombre de «verso alejandrino».

Un conscripto que le escribía a su hermano, terminó la carta así: «No te digo más, porque tengo tan fríos los pies que no puedo manejar la pluma.»

Decía el abogado Marchand:

«Nos moriríamos de asco si viéramos cómo se preparan las comidas de las grandes mesas y las sentencias de los tribunales.»

Reprochábanle a un moralista cierta contradicción entre sus obras y sus máximas.

—Cierto,—dijo—yo pregonó mis máximas de moral y no siempre las practico. ¿Acaso se ponen los zapateros todo el calzado que hacen?

A cierta solterona entrada en años, pero presumida, le preguntó un caballero si era mayor que su hermana.

—Sí,—contestó—yo tengo dos o tres meses más que ella.

La historia de los seres—decía el abate Gregoire—es el martirologio de los pueblos.

ALBERTO, *de batín y zapatillas, está sentado en un sillón con un diario en la mano, dormitando. Entra Ramón, el portero, con un precioso ramo de rosas.*

PAGINAS FESTIVAS
INFIDELIDAD

RAMON.—Aquí traigo estas flores para la señora.

ALBERTO.—¿Para la señora? ¿De parte de quién?

RAMON.—¡Ah! No sé. El chico de la florería no me ha dicho nada.

ALBERTO.—Bueno. Déjalas encima de la mesa.

RAMON.—*(Dejando el ramo).*—¡Ajá! Buenas tardes. *(Se va).*

ALBERTO. *(Bosteza aburrido. Prende un cigarrillo, se levanta, da una vuelta por la habitación y se detiene a contemplar las flores).*—¿A qué es un lindo ramo. Pero ¿a santo de qué vendrá este obsequio?

¡Qué perfume tan exquisito! Las voy a poner en agua para que no se marchiten antes que Elena vuelva. *(Se dispone a hacerle y al desenvolver el ramo cae al suelo una carta).* ¿Y esto?... ¡Una carta!... *(La abre y a medida que va leyendo, su semblante palidece hasta ponerse livido. Al terminar, presa de gran excitación, estruja el papel furiosamente).* ¡Oh! ¡Miserable! ¡Mil veces miserable! ¡Elena! ¡Tú! ¡Engañado! *(Cae en un sillón, tapándose el rostro con las manos).* ¡Adiós, ilusiones! ¡Adiós, felicidad, ideal, ambición!... ¡Todo! ¡Todo se derrumba en este instante!... *(Irguiéndose de pronto con iracundo impulso)* ¡Ah! Pero mi venganza será terrible, ejemplar... Ambos pagarán la infamia con su sangre. ¡Yo vengaré mi afrenta! Seré inexorable y luego... *(Transición después de una pausa).* ¡No! Que vivan, que se revuelquen en el cenagoso pantano del adulterio en que están hundidos... Mi sombra se interpondrá en adelante entre sus cuerpos pecadores con el espectro de su remordimiento... *(Con inmensa desesperación).* ¡Elena! ¡Elena! ¿Por qué has sido así? *(Queda llorando desconsoladamente).*

RAIMUNDO. *(Hermano de Alberto. Entra tateando una canción; al ver a su hermano lloran-*

do se detiene, asombrado, en el umbral. Luego corre hacia él y lo abraza).—¡Alberto! ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?

ALBERTO. *(Se echa en los brazos de Raimundo, sollozando fuertemente).*—¡Oh, hermano! ¡Qué desgracia tan grandel! *(No puede continuar, los sollozos ahogan su voz).*

RAIMUNDO. *(Alarmado).*—Pero ¿qué pasa ¡dímelo! ¿Qué tienes? Tus lágrimas me desconciertan...

ALBERTO *(Con un esfuerzo).*—¡Elena me engaña!

RAIMUNDO.—¡Pero es posible!

ALBERTO.—¡Exactísimo! Ahí está la prueba. *(Le da la carta).*

RAIMUNDO. *(Después de leerla).* ¡Es evidente! ¡Quién lo diría! Ella tan buena, tan pura y tan... Bueno. ¿Y qué piensas hacer ahora?

ALBERTO.—¿Y o? Mira, Raimundo: después de esto, mi vida queda destruída por completo. No tengo nada que hacer en este mundo...

RAIMUNDO.—¿Y ellos?

ALBERTO. *(Con gesto triste).*—Ellos... que vivan,

que gocen en su infamia... ¡Dios que nos ve sabrá dar a cada cual el premio que se merece!

RAIMUNDO. *(Secamente).*—¡Alberto! ¡Acuérdate del nombre que llevas!

ALBERTO.—¿Y?...

RAIMUNDO.—Tienes que lavar la afrenta que sobre nuestro nombre ha caído.

ALBERTO.—Y bien; la lavo con mi sangre.

RAIMUNDO.—¡No basta! Mejor dicho: ¡no es necesario! El marido no es culpable si la mujer a quien ha confiado su honor, arrastra a éste por el fango.

ALBERTO.—Entonces...

RAIMUNDO.—Tu honor, nuestro honor lo exige. ¡La sociedad te será grata por tu gesto vengador!

ALBERTO.—¿La sociedad?

RAIMUNDO.—Sí. El es un rojo, un anarquista. ¿No ves lo que dice en la carta? *(Leyendo)* «¿Qué sería de nuestra vida si en el árido páramo del matrimonio no brotara esta flor de dulcísimo pecado?»... Con esto ataca el sagrado principio de



la familia, del hogar, base de toda nuestra civilización. Bueno ¿dónde está ahora Elena?

ALBERTO.—Hoy fué a almorzar en casa de unas amigas, en Flores.

RAIMUNDO.—No está mal el pretexto; y el galán, creyendo que ella estaría aquí, le mandó el ramillete para recordarle la cita prometida.

ALBERTO. (*Enérgico*). ¡Que yo voy a impedir!

RAIMUNDO.—¿Piensas ir a sorprenderlos en el té?

ALBERTO.—¡Sí!

RAIMUNDO.—Yo voy contigo.

ALBERTO.—¡No! ¡Déjame sólo!

RAIMUNDO.—Yo no te abandonaré en este crítico momento. ¡Tu nombre es el mío!

ALBERTO. (*Abrazándolo conmovido*).—¡Raimundo...! ¡Hermano mío!

RAIMUNDO.—Bueno. Espérame diez minutos. Voy a arreglarme y vuelvo en seguida. Serenidad y calma. Nada de resoluciones extremas durante mi ausencia.

ALBERTO.—Anda tranquilo. (*Raimundo sale*).

ALBERTO. (*Tristemente*).—Sí. Es necesario matar; matar y luego morir para salvarse del ridículo. ¡Cómo se destruyen todas las filosofías ante el capricho voluble de una mujer! En este instante me reconcilio con Shopenhaur que ayer no más me parecía que desbarraba... ¡Mujer, creación diabólica que con cuatro melosas zalamerías convierte el corazón del hombre en un guiñapo, para luego estrujarlo cruelmente hasta hacerlo sangrar!... ¡Qué sarcasmo! ¡Qué miserable e impotente es el hombre, ese pretendido rey de la creación! (*Pausa. Se acerca a un mueble extrayendo de un cajón un revólver que examina*). En perfecto estado; seis balas, no quiero más; mi pulso será firme y mi ojo certero. (*Lo guarda en el bolsillo*).

RAMON. (*Entra apresuradamente y toma el ramo que está sobre la mesa*).—¡Ah! ¡Aquí está! Creía que ya no habría remedio.

ALBERTO.—¿Qué pasa?

RAMON.—Nada; que el chico de la florería y yo nos hemos hecho un barullo con estas dichosas flores y en lugar de llevarlas a la señora de Pérez, la de arriba, las he traído aquí y ahora vuelve el chico para ver si podemos arreglar esa macana...

ALBERTO. (*Con gran ansiedad agarra a Ramón por los hombros y mirándole fijamente bebe con avidez sus palabras*).—¿Cómo? ¿Qué decís? ¡El ramo no es para aquí!

RAMON.—¡Qué va a ser! Es para la de Pérez, la de arriba, esa tan buena moza, ¿la conoce?

ALBERTO. (*Corre a levantar el sobre de la*

carta).—¡Es cierto! ¡Qué bruto he sido! (*Dirigiéndose a Ramón*). ¡Ah, Ramón! ¡Sois un animal excelente! ¡Merecéis cinco tiros a la cabeza y cinco pesos de propinal! ¡Estamos a mano! (*Lo abraza efusivamente*).

RAMON.—¿Qué le pasa, señor?

ALBERTO.—¡El remordimiento! ¡La alegría! ¡Sois un gran hombre, pedazo de idiota! ¡Te rompería el alma a silletazos!

RAMON.—¡El señor se ha vuelto loco!

ALBERTO.—¡No! Anda. Llévate ese maldito ramo y déjame solo. (*Ramón asustado se apresura a cumplir esta orden*). ¡Un momento! ¡He de vengar este mal rato! (*Escribe unas líneas en una tarjeta que coloca entre las flores*). Lleva esto y tráeme la contestación.

RAMON.—¡Ah! ¡Ahora sí que entiendo!

ALBERTO.—¡Qué vas a entender! ¡Rápido o si no!... (*Agarra una silla y Ramón sale asustado, llevándose el ramo*). ¡Este animal! ¡Me lo comería a besos, ahora! ¡Uff! ¡Qué peso se me ha quitado de encima! Parece como si despertara de una horrible pesadilla. (*Implorando*). ¡Oh! ¡Elena! ¡Mi Elena, perdóname! ¡Ella! ¡Engañarme a mí! ¡Bah! Si en el fondo es una infeliz, la pobre. (*Entra Ramón*).

RAMON.—Aquí está la contestación.

ALBERTO.—Bueno. Toma para que no te acuerdes ni del ramo, ni de esta carta, ni de la fecha de hoy.

RAMON.—¡Oh, el señor puede estar tranquilo! ¡Soy un ficha para estas cosas! Y además no tengo nada de memoria. Recuerdo que una vez...

ALBERTO.—Sí, sí. Me lo contarás otro rato. ¡Ah! y cuando traigan más flores, antes de equivocarte, te las comes, ¿sabes? Así harán menos daño. (*Ramón sale. Alberto lee la contestación*). «Acepto complacida su gentil invitación. Mi alma errante en las tinieblas de un desengaño reciente necesita un alma hermana que la saque de este tristísimo limbo». ¡Qué rara mujer! ¡Es poetisa! (*Patéticamente*). ¡El sol de la ilusión vuelve a brillar en el firmamento sonriente de mi existencia! ¡Vamos a tomar el sol! (*Sale*).

Entra Raimundo, vestido severamente de negro, con aire de enterrador. Da una vuelta por la habitación, se detiene ante un espejo ensayando actitudes de circunstancias. Luego se sienta. Desde la pieza contigua viene un rumor de muebles revueltos. Luego se oye a Alberto canturreando una canción alegre.

RAIMUNDO. (*Asombrado*).—¡Eh! ¿Qué cambio es ese?

ALBERTO: (*Elegantísimo, con el sombrero en la mano, para salir. Radiante*).—¡Ah, hermano, si supieras! ¡Todo aquello es mentira! El ramo no era para ella, sino para una vecina, la de arriba, y por error lo habían traído aquí.

RAIMUNDO.—¡Ya decía yo que era imposible! ¡Pobre Elena! ¡Haber dudado de ella!

ALBERTO.—Ha sido una picardía, ¿no es cierto?

RAIMUNDO. (*Alegremente*). Y ahora, el epílogo: el marido cariñoso corre en busca de su fiel mujercita para implorar perdón por sus malos pensamientos.

ALBERTO.—¡No! Verás. Cuando vinieron a buscar el ramo he sentido un inmenso deseo de vengarme por el mal rato que nos hicieron pasar, y ¿sabes lo que hice? Pues en lugar de la carta que venía en él, he puesto una mía, invitando a la interfecta a tomar el té conmigo.

RAIMUNDO.—¡Qué brutal!

ALBERTO.—No tanto, pues aceptó.

RAIMUNDO.—¡Qué bolidad!

ALBERTO.—Sin embargo, ahora siento una especie de remordimiento ¿sabes? Al fin y al cabo es una infidelidad lo que yo hago.

RAIMUNDO.—¡Bah! «¿Qué sería de nuestra vida si en el árido páramo del matrimonio no brotara esta flor de dulcísimo pecado?».

ALBERTO. — Sí, pero ahora soy yo el que revuelca el nombre en el barro.

RAIMUNDO.—El hombre no revuelca nada, se revuelca él, pero luego con un baño ya está.

ALBERTO.—El honor...

RAIMUNDO.—Lo cuida la mujer; el hombre no tiene que preocuparse: para eso se casa.

ALBERTO.—Sin embargo, el principio de la familia, del hogar, base de nuestra civilización...

RAIMUNDO. -- ¡Psch! Tonterías.

ALBERTO.—Así, ¿crees que puedo ir sin escrúpulos?

RAIMUNDO.—¡Hombre, a que tantas precauciones! ¿Quieres que vaya yo en tu lugar?

ALBERTO. -- ¡Magras! ¡No soy tonto, eh! (*Sale*).

LUIS CASTELLO



CASOS Y COSAS

Napoleón I era un fatalista exagerado, como todo el mundo sabe, y tenía gran fe en una sortija que siempre llevaba consigo. Cuando abdicó en Fontainebleau, en 1814, después de haber intentado envenenarse, dijo al doctor Corvisart, su médico, que era imposible que muriera.

—Al hacer lo que he hecho—añadió—no me he acordado de mi talismán.

Y diciendo esto mostró su sortija, cuyo origen siempre permaneció en el secreto más inviolable.

Después de su muerte, la joya pasó a manos de la Reina Hortensia, que más tarde se la regaló al Príncipe Luis.

Napoleón III fué el único que llevó puesta esta sortija que sus cortesanos llamaban la «sortija del Emperador», y otra que le había legado su madre.

Tenía la costumbre, cuando estaba hablando con alguna persona, de quitarse y ponerse las sortijas, cosa que dió lugar más de una vez a que se cayeran al suelo y costara gran trabajo encontrarlas.

A su muerte se pensó en entregar los citados anillos al Príncipe imperial. Al ir a quitárselos al Emperador, estando en el féretro, el joven Príncipe se negó a aceptarlos, diciendo:

—No quiero robar a mi padre.

Por eso el talismán de Napoleón I permanece en el mausoleo de Chislehurst.

La sortija es célebre, pero no se ha podido averiguar por qué causa la estimaba tanto el gran Napoleón ni en qué se fundaba para considerarla como un talismán.



FUERTE COMO LA MUERTE



CON las manos en los bolsillos frente a la luna del escaparate, estuvo largo rato mirando, vacilante y perplejo, sin acabar de decidirse. Se decidió por fin.

—A ver, ese collar... ¿Me hace usted el favor?

Un dependiente lo sacó del escaparate y lo extendió en el mostrador sobre un retal de terciopelo azul. El lo examinó detenida y minuciosamente.

—Sí, está bien... es bonito. Me gusta. ¿Qué vale?

—¿Precio fijo?

El dueño de la tienda intervino.

—A un cliente como usted, don Joaquín, no se le pide en esta casa más que lo justo. Es usted bastante inteligente para que haya necesidad de hacer el artículo. De todos modos, usted se lo lleva, lo manda tasar, y con arreglo a la tasación me da usted lo que guste.

—Es que, además, no las llevo encima.

—Usted se pasa por aquí cuando quiera. No hay prisa ninguna.

Salió muy contento, satisfechísimo de la compra. Llegó a casa, y en la misma puerta preguntó a la doncella que le salió a abrir:

—¿Cómo está la señora?

—Bien; muy tranquila toda la tarde. Hace poco se quedó dormida.

Entró de puntillas en la alcoba y dilatando las pupilas para orientarse bien en la penumbra llegó pausadamente hasta la cama y se inclinó sobre la enferma. Al roce imperceptible de la ropa, Paulina abrió los ojos.

—Creí que dormías.

—No.

—¿Cómo estás?

—Parece que mejor. No tengo fatiga. He podido descansar un ratito.

—Naturalmente, mujer, y te pondrás muy pronto buena. Roldán me dijo ayer que estás en franca mejoría. Lo que hace falta es que no seas aprensiva, que te animes. Es necesario que pongas de tu parte un poquito de buena voluntad.

—¡Voluntad! ¡Ay, si con voluntad se pudiera vivir!

—Vamos, no seas tonta; no quiero verte así.—Dió luz al globo de cristal que colgaba sobre la cabecera y se sentó en el borde de la cama.—Te he comprado una cosa, una sorpresa, ¿sabes? ¿Qué me das si te gusta?

—Pobrecita de mí, ¡qué quieres que te dé!

—Un poco de alegría. Yo con verte reír tengo bastante.—Sacó el estuche del bolsillo y le entregó el collar. Ella, al verlo, dió un grito de contento y lo cogió con sus manos febriles.

—¡Ay, qué lindo! ¡Qué bonito!... ¡Qué cosa más preciosa!

Mas en seguida, con una brusca transición, cambió de tono:

—Pero ¿por qué haces esto? ¿Por qué te gastas el dinero en esto? ¡Yo para qué lo quiero, si no lo he de lucir!

—¿Que no? En cuanto te pongas buena.

Y como ella moviese la cabeza en ademán de desaliento, agregó vivamente, temblorosa la voz de amor y de ternura:

—Tontina, si no creyese que lo ibas a lucir, ¿te lo compraría? Ven acá, te lo voy a poner. Verás qué lindo.

Y, en efecto, él mismo se lo puso, cerró el broche y fué a buscar un espejo para que se mirase.

—¡Eh! ¿Qué tal?

—Muy lindo.

Acodada sobre las almohadas, el espejo en la mano, se estuvo contemplando mucho tiempo. Separó con los dedos algunos bucles desrizados que le caían sobre la frente y se mordisqueó los labios exangües y descoloridos.

—¡Qué pálida estoy!

—Es la luz, nena.

—Por Dios, no sigas... Estoy horrible. Parece una muerta.—Dió un gran suspiro, tiró el espejo y se dejó caer sobre la almohada.—Estoy muy mala, Joaquín. Vosotros no me queréis creer, no me hacéis caso, y yo estoy muy mala.

El, conmovido, la miró en silencio.

Luego, de pronto:

—Oye; está una tarde magnífica; no hace nada de frío. ¿Quieres que abra un momento el balcón?

—Sí, abre un poquito, para que se ventile. Huele mal, ¿verdad?

—No, nenita, no es eso. No huele más que a etilo, y ya sabes que a mí este olor no me disgusta. Me sabe a plátanos y a ilang-ilang. Era para fumar un cigarro.

Para fumar un cigarro y para que ella no viese que las lágrimas le llenaban los ojos. Cruzó el gabinete, abrió el balcón y se acodó en la barandilla. Sobre la

línea recta y dura de los tejados de la casa de enfrente, la tarde comenzaba a morir en un crepúsculo de color de malva de una diafanidad imponderable.

A lo lejos, por el andén del bulevar, unas niñas venían cantando enlazadas del talle. Ennoblecida por la distancia, sonaba la canción melancólica y triste:

—¿Dónde vas, Alfonso doce,
dónde vas, triste de tí?

—Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la ví.

La canción infantil se metió como un puñal en su corazón dolorido. También él, dentro de poco, no vería más a su Paulina.

¡Qué horror!... ¡Qué penal Morir en plena juventud, cuando con más ansia se ambiciona la vida... Morir a los treinta años, ¡tan bonita, tan buena, tan adorada, tan feliz!... Alzó los ojos, y turbios de llanto los clavó en la serenidad del crepúsculo. ¡Señor, Señor! ¿Qué te hemos hecho para que nos trates así? ¿Por qué no me eliges a mí y la salvas a ella? ¿Por qué te complaces en en segar las vidas en flor?

Desde que se dió cuenta de la gravedad de su mujer, todos los días, en sus oraciones, elevaba a Dios la misma súplica. Mas Dios no le atendía. El, a pesar de sus cincuenta años, de su vida de luchador, ajetreada y dura, cada vez estaba más fuerte, más robusto, más lleno de salud; y, en cambio ella, la pobre nena, rodeada de lujos y comodidades, mimada y consentida, tenía en el pecho un corazón que no servía para nada, un corazón inútil que se iría a romper cualquier momento como una figurilla de biscuit. Los médicos se lo habían dicho leal y rudamente.

—Todo es inútil. No se puede hacer nada. No queda más que resignarse y esperar.

Y así llevaba esperando dos años, viéndola vivir artificialmente a fuerza de tónicos y cordiales; asistiendo impotente a los tremendos ataques de disnea; contemplando con horror cómo aumentaba la hinchazón del cuerpo, cómo se embotaba la sensibilidad, cómo se abría la piel en llagas espantosas. Así llevaba dos años, rodeándola de cuidados y de mimos, concretado exclusivamente a ella, siempre vigilante y atento para hacerle las horas agradables, el ambiente propicio, para apartar de la tristeza de la alcoba todo lo que pudiera ser emoción violenta y sensación desagradable y, sobre todo, para infiltrar en su alma, día tras día, con tenacidad piadosa, el engaño sutil de una mentira que ella se negaba a aceptar.—No, Joaquín, no; yo estoy muy mala, estoy mucho más mala de que creéis.

Unas voces argentinas que sonaban en la alcoba le trajeron a la realidad. Eran los nenes que habían vuelto del colegio y entraban a besar a su madre. Joaquín cerró el balcón y fué a verlos. Joaquinito, el pequeño, se había encaramado y trepaba gateando por la colcha de arriba. Luisita, la mayor, jugaba con las cuentas del collar.

—¡Qué bonitol Di, mamá, ¿te lo ha traído papá?

—Sí, angel mío.

—¿Y a mí no me ha traído ninguno?

Paulina alzó la mano y sus dedos hinchados y torpes acariciaron los cabellos dorados de la niña.

—No te ha traído ninguno porque éste es para tí. Para tí, angel mío. Tú lo llevarás cuando yo me muera.

—Bueno; como tú no te vas a morir...

Ella no contestó. Un gesto doloroso crispó toda su cara, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Joaquín cogió a los niños y los puso dulcemente en el pasillo.

—Id a la cocina y decid a Juana que os dé de mendar.



Luego, al ver a Paulina que seguía sollozando:

—Pero nena, por Dios, no seas así... no te pongas así... ¿Nó comprendes que te perjudicas? Te excitas, te emocionas, viene la fatiga y...

Paulina seguía llorando. Se inclinó sobre ella y la besó en los ojos con caricias de inefable ternura.

—Mi nenita... ¡mi nena! Vamos, ¿lo ves?... ¿Lo ves?...

¡Si ya lo sabía yo!

Fué tremendo el ataque; tan violento que, a pesar de estar él acostumbrado a presenciarlos, hubo un instante en que perdió la serenidad y se asustó, creyendo que era el último. Afortunadamente, la digital y el cloruro de etilo surtieron sus efectos; cesaron las violentas sacudidas crispantes, los saltos descompasados del corazón y el ronco silbar de la garganta. Quedóse de cara a la pared, bañada de sudor, aniquilada, destrozada, rendida. El conmovido, la miraba en silencio. Luego, al cabo de un rato:

¿Quieres que te quite el collar? Te molesta, ¿verdad?

Pasó dulcemente una mano por debajo del cuello y desabrochó el cierre. Al ir a retirarla, sus dedos tropezaron debajo de la almohada con una hoja de papel. La cogió inconscientemente, sin darse cuenta.

Ella no se movió. Fué al gabinete a dejar el collar y, por curiosidad, miró el papel: medio pliego de cartas escrito con lápiz.

«Mi alma:»

Una convulsión nerviosa le cerró los ojos. Los volvió a abrir.

«Mi alma: Te escribo dos líneas aprovechando un momento en que me dejan sola. Estoy muy mala. Sé que nunca más me volverás a ver. Esta es la única pena que tengo: morirme sin...»

No decía más.

Se llevó una mano a los ojos y con la otra se apoyó en una silla, porque todo su cuerpo vacilaba. Así estuvo mucho tiempo, mucho. Luego, lentamente, volvió a la alcoba. A medida que avanzaba hacia el lecho, se le aceraban las pupilas y las manos se le crispaban como garras de presa; tremolaron un segundo sobre la cabeza de Paulina y en seguida se estrujaron, enlazadas con ademán de desesperación y de impotencia. Ella no se había movido.

Dormía dulcemente, reposadamente.

De pie junto a la cama, la miró largo rato. Al suave resplandor del globo azul colgado de la cabecera estuvo contemplando los bucles desrizados y marchitos, los párpados traslúcidos, las orejas amoratadas y profundas, los labios secos, incoloridos y exangües, las manchas cárdenas de la piel, lustrosa aún de sudor.

Una carcajada infantil resonó en el pasillo, y pasaron los niños retozando.

Abrió muy despacio la puerta y, con ademán imperioso, les impuso silencio.

—¡Chiss...! Mamá está dormida. No hagáis ruido.

PEDRO MATA.

CASTIGO ORIGINAL

Cuando el presidente de la República Sadi Carnot fué asesinado, en Junio de 1894, por el anarquista italiano Caserio, se dió un curiosísimo castigo colectivo en el ejército.

Encargado de la escolta presidencial el octavo regimiento de cazadores de Caballería, y para imponerle un correctivo por no haber sabido preservar la vida de aquel ilustre Jefe del Estado, el ministro de la Guerra dispuso, por medio de un decreto, que se privase a los oficiales y soldados del mencionado regimiento del derecho a llevar en sus chacós las plumas de gallo que hasta entonces habían constituido uno de sus adornos más característicos.

Tan extraño castigo duró nada menos que catorce años, hasta que, al fin, el ministro de la Guerra, general Picquart, se apiadó y levantó el castigo.

Antigüedad de los Ejércitos permanentes

El primer ejército permanente de que se tiene noticia existió en la India, que como nación reputada por más antigua, 2.000 años antes de Jesucristo tenía en tiempos de paz unidades creadas para garantizar la seguridad e independencia del territorio.

Grecia tuvo las primeras tropas permanentes durante el reinado de Ciro el joven, y fueron las que después de la batalla de Cuñaxa ejecutaron la famosa retirada de los «diez mil».

Filipo, rey de Macedonia, organizó tropas a imitación de las griegas y fueron también permanentes.

En Francia instituyó los ejércitos permanentes Carlos VII. En Inglaterra nacieron a consecuencia de la guerra civil de las «Dos Rosas». En Dinamarca las estableció Cristián II. En España el Cardenal Jiménez de Cisneros. En Alemania se formaron con motivo de las guerras religiosas.



CUENTOS
ESPAÑOLES
—
MANUELA

IEZ minutos no más tardaría Manuela en recorrer la distancia que media entre la Montaña del Príncipe Pío y la calle de la Cava.

Alguna patrulla de mamelucos, al ver a aquella mujer manchada de sangre, las ropas destrozadas, el cabello suelto sobre la espalda como una bandera negra, los ojos de espanto, que corría y corría furiosa, dispararon sobre ella sus fusiles.

Manuela, sin volver la cabeza, seguía su carrera loca, y contestaba a las descargas con furiosas imprecaciones.

¡Cochinos! ¡Cobardes! ¡Franchute!

Al llegar a la calle de la Cava se detuvo un momento, agotadas ya todas sus energías físicas.

—¡Ay, me muerol

Sentía un ardor en la cabeza. ¡El ardor de la fiebre! Y le parecía que el corazón, en su palpitir furioso, iba a salirse del pecho. Pero pronto se repuso.

—¡Puñales! ¿Es que me voy a desmayar como una damisela?

Y nuevamente echó a correr agitando al aire su cabellera, negra como pendón de muerte.

—¡Madre! ¡Madre!

Una vieja, toda arrugas y canas, apareció alumbrándose con un candil, en la tienda de vinos señalada con el número 52.

—¡Hija! ¡Manuela!

—Aquí estoy.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Y tu padre? ¿Y tu marido?

—Allá quedan.

—¿Dónde?

—En la Montaña del Príncipe Pío.

—¿En la Montaña?

—Sí.

—¿Y qué harán con ellos?

—Matarlos.

—¡Jesús! ¡Dios mío!

La vieja prorrumpió en sollozos.

—¿Matarlos? ¿Dices que matarlos?

—¿Y por qué?

—Por patriotas.

La vieja se encogió de hombros.

—¡Por patriotas!

El candil tembló en sus manos haciendo oscilar la luz.

—¡Por patriotas! ¿Y qué es eso? ¿Qué delito es ese?

No podía hablar, atragantada por los sollozos.

—¡Si ya se lo decía yo! ¿Qué mas da Juan que Pedro? Mande el que mande, español o francés, a los pobres nos irá siempre mal. Pero no han querido oírme y se han buscado perdición.

Como respuesta a las palabras de su madre, Manuela gritó indignada y furiosa.

—¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!

—¡Que vas a comprometernos!—gimió la vieja.

Dos guardias polacos atravesaron en aquel momento la calle al correr frenético de sus caballos.

La manola se echó a reír al verlos.

—¡Llegan a tiempo!

Y adelantándose hasta los jinetes, a riesgo de ser atropellada:

—¡Eh, amigos, un jarro de vino! ¡Yo convidol ¡Viva Napoleón!

Los soldados pararon en firme sus caballos, y después de examinar temerosos a la mujer delibe-



raron en voz baja.

—¡Vino! ¡Nos ofrecen vino para la sed!

—¿Bajamos?
—¡Por mí!...
—Un jarro nunca es de despreciar.
—Eso digo yo.
—Son mujeres.
—No hay que fiarse, sin embargo.
—Sí; en este maldito país, las mujeres son de temer tanto como los hombres.
—Beberemos un jarro y nos iremos.
—Bueno; pero nada más que un jarro.
Descendieron de los caballos, y alumbrados por Manuela entraron en la taberna.

—Madre, usted quédese en la calle para cuidar de las caballerías.

La maja de pie, veía beber a los soldados.

—¡Vaya un vinillo, ¿eh? señores! ¡De lo mejor que produce la tierra! Voy a servirles otros jarros. Esto se bebe como agua. Dirán ustedes: ¿pero, por qué nos convida esta mujer? Voy a contestarles. Porque siento una gran simpatía por los franceses, Mi abuelo era de París de Francia. Murat, a quien he visto varias veces, es un gran mozo. Buena jornada la de hoy, ¿eh? amigos. ¡Vaya una ensalada de tiros! Beban ustedes sin miedo. Este vino no hace daño. ¡Igual no lo cata ni Napoleón!

Los soldados asentían con gestos de aprobación a las palabras de la maja, algo desconcertados con la charla de aquella mujer a la que apenas entendían.

—¡Ah! ¿Ustedes no comprenden? Yo creía... Y sonriéndose, para mejor ocultar el sentido de sus palabras, los insultó.

Al sexto vaso de vino, los soldados estaban ya borrachos. Manuela, de pie frente a ellos, los observaba nerviosa.

—¡Otro cuartillo, señores! ¡Vamos a brindar! ¡Por la cochina Francial! ¡Por el cochino de Napoleón!

Uno de los guardias se permitió tocarla la cara. La maja se sonrió.

—Gracias, gabacho.

Y apretando los dientes, en voz baja:

—... ¡Consentido! ¡Ya me las pagarás!

Otra vez los soldados deliberaron en voz baja.

—Me gusta esta mujer.

—Y a mí.

—Para los dos.

—Para mí.

—Somos compañeros.

—Sí; pero tú eres casado.

—¿Y eso qué importa?

—Yo primero.

—Bueno.

—Pero deprisa, que se hace tarde.

—Sí, deprisa.

Manuela seguía observándolos.

¡Ya son míos!

Uno de los soldados, el que parecía más joven, se puso de pronto en pie, apuntándola con una de sus pistolas.

—¡Mademoiselle!

La maja se echó a reír, con risa que daba espanto oír.

—¿Qué quieres, gabacho?

—¡Mademoiselle!

—¿Qué quieres?

Y corrió a refugiarse en un rincón de la tienda.

El soldado, tambaleándose, avanzó hasta ella.

—¡Cuidado!—gritó Manuela.

Y arrojándose de repente

sobre él le arrancó la pistola de la mano.

—¡Cobarde! ¡Ya verás tú de lo que es capaz una madrileña!

Apuntó y disparó. El soldado cayó al suelo blasfemando.

—¡Por mi marido!

Luego volvió el arma contra el otro soldado que al ver caer a su compañero se había puesto en pie blandiendo su sable.

Sonó una nueva detonación.

—¡Por mi padre!

La vieja entró despavorida en la tienda.

—¡Hija! ¿Qué has hecho?

¡Vengarme! ¡Vengarte!

Y después de unos momentos de silencio:

—Demos libertad a esos caballos... Arrojemlos estos cadáveres a la cueva.

La vieja elevó las manos al cielo sollozando:

—¿Pero por qué han de ocurrir estas cosas entre los hombres?

MIGUEL SAWA.



ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREKAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CIVICO-MILITAR
La mejor y más conveniente.

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -
— — Roses — — CHACOTS Y CALPAIS — —
Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

PELETERIA ~ SOMBREROS ~ PARA SEÑORA

Altas novedades para la actual temporada en Abrigos, Chaquetas, Re-nards, éstos, desde 35 PESETAS

BONIFICACION A LAS SEÑORAS DE LOS MILITARES

PROVEEDOR DE LA COOPERATIVA DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

VICENTE DEL RIO

INFANTAS, 38 ~ ~ ~ ~ ~ MADRID ~

PARA HOMBRES



Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso
la FAJA DE JUSTO.

Carmen, 10.--MADRID

Últimos modelos de Corsés para señoras y niños

COLEGIO "LEON XIII"

Claudio Coello, 59, Hotel (Próximo a Ayala) - MADRID

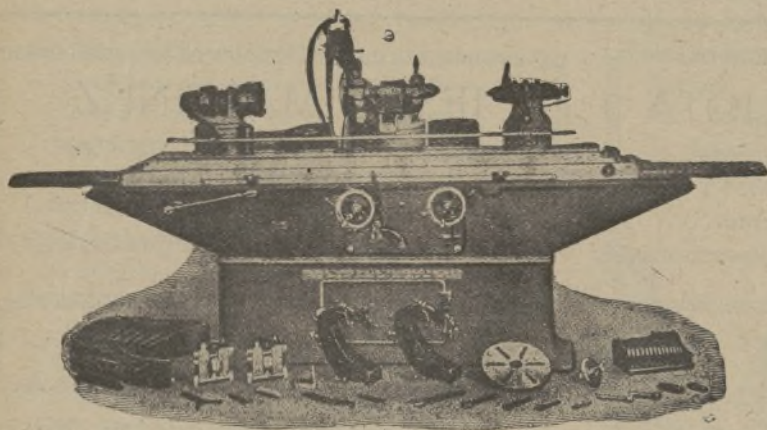
Amplio y moderno local de cinco pisos con todas las condiciones higiénicas, para internos y externos de 1.^a y 2.^a enseñanza. Preparatorio de Medicina, Derecho, Comercio, Correos y Telégrafos.

20 profesores con título, forman parte de los tribunales de examen.—En Junio, 70 Premios; 293 Sobresalientes; 162 Notables y 254 Aprobados.

Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK — Consejo de Ciento, 421 — BARCELONA —

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera—:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES ————— ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

Maquinaria especial para toda clase de trabajos del hierro.

Compresores y herramientas neumáticas.

Aparatos eléctricos de taladrar.

Aparatos de rectificar, eléctricos, aplicables a torno.

Maquinaria de trefilería y trabajo del alambre.

PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8
TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO
TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, NUM. 32
TELEFONO, NUM. 22-09 J.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS.

Ayuntamiento de Madrid

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

**DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS**

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

ZACARIAS HOMES

PROVEEDOR DE EQUIPOS

MILITARES

Fuencarral, 55 Madrid Teléfono 583

Apartado de Correos número 588

BORISOL ANTISÉPTICO Y
DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos génito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. — San Marcos, 11. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS
Y VENTAS **LA OCASIÓN**

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir,
fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía
y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y
ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

EL CISNE

FABRICA DE IMPERMEABLES



IMPERMEABLES PARA SEÑORA, ULTIMOS MODELOS

CAPITAS
PARA NIÑOS

Y DE REGLAMENTO PARA SUBOFICIAL

= FÉLIX RIESCO =

44.708

Plaza del Progreso, 3, principal. MADRID

NUEVO PARÍS **Juan García**

Victoria, 4. principal y Espoz y Mina, 3, pral. **MADRID** Teléfono número --- 44-62 M. ---

VISTAS A LA PUERTA DEL SOL :-: Cuartos de Baño
Timbres :-: Luz eléctrica :-: Comedor con mesas
independientes :-: Espléndidas habitaciones para
familias :-: --- PRECIOS MÓDICOS

TOMAS AGUILERA

SUCESOR DE VIUDA E HIJOS DE NADAL

Fábrica de Galones y Cordones para el Ejército.
Especialidad en Forrajeras.—Galones para la Real
Casa y órdenes militares.—Despacho y Talleres:
General Pardiñas, 4, MADRID.—Teléfono, S. 706

MARTINEZ HERMANOS

Fuencarral, números 12 y 14 -- MADRID

LA CASA MAS SURTIDA EN RADIOTELEFONIA Y MATERIAL ELECTRICO

NO COMPRAR SIN CONSULTAR PRECIOS

RECLUTAS DE CUOTA

Carmen, 39, principal

Los mejores uniformes y más económicos

/// VICTOR MANUEL ///

Teléfono n.º 61-06 M.

PARA OFICIALES, UNIFORME UNICO O GABAN, 160 PESETAS

LEOCADIO



- Sastre de Señora y Caballero -

Uniformes Militares y Civiles

~ FUENCARRAL, NUMERO 30 ~ MADRID ~

¿Qué diremos de las pesadas horas de siesta del verano, hallándose solo, leyendo en su armería? ¡Cuántas veces levantábase Tartarín rojo como la grana! ¡Cuántas veces tiraba el libro y se precipitaba hacia la pared para descolgar de ella una panoplia!

El pobre hombre, olvidándose de que estaba en su casa de Tarascón, en gorra de dormir y en calzoncillos, ponía en acción sus lecturas y exaltándose al timbre de su propia voz, gritaba blandiendo una hacha o yagata:

«¡Qué vengan ellos ahora!»

¿Ellos? ¿quiénes son ellos?

Tartarín él mismo no lo sabía... ¡Ellos! era to-

do lo que atañe, todo cuanto combate, todo cuanto muerde, todo cuanto araña, todo cuanto desue-lla, todo cuanto aulla, todo cuanto ruge... ¡Ellos! era el indio Siux bailando en rededor del poste de guerra donde el desdichado blanco está maniatado.

Era el oso gris de las montañas Rocosas, que se bambolea y se relame con su ensangrentada lengua. Era también el tuareg del desierto, el pirata malayo, el bandido de los Abruzos... ¡Ellos! en fin, eran ¡Ellos!... es decir, la guerra, los viajes, las aventuras, la gloria.

Mas, ¡ay! el intrépido tarasconés ya podía lla-

(Continuará).